UC-NRLF
$B 148 631

GOVERNMENT OF PORTO RICO
DEPARTMENT OF EDUCATION
BULLETIN, 1916, No. 2 - - - - - - - - WHOLE NUMBER 2

CERVANTES–SHAKESPEARE TERCENTENARY

1616-1916

BIOGRAPHICAL NOTES, SELECTIONS, AND PRECAUTIONS

COMPILED AND EDITED BY

PAUL G. MILLER, PH. D.
COMMISSIONER OF EDUCATION

AND

JOSE PADIN, A. M.

Digitized by the Internet Archive
in 2007 with funding from
Microsoft Corporation

"What hath this day deserved, what hath it done,
That it in golden letters should be set
Among the high tides of the calendar?

—KING JOHN.

http://www.archive.org/details/cervantesshakesp00puerrich

Puerto Rico

GOVERNMENT OF PORTO RICO
DEPARTMENT OF EDUCATION
BULLETIN, 1916, No. 2 - - - - - - - - WHOLE NUMBER 2

CERVANTES–SHAKESPEARE TERCENTENARY

1616-1916

BIOGRAPHICAL NOTES, SELECTIONS, AND APPRECIATIONS

COMPILED AND EDITED BY

PAUL G. MILLER, PH. D.
COMMISSIONER OF EDUCATION

AND

JOSÉ PADÍN, A. M.
GENERAL SUPERINTENDENT

"What hath this day deserved, what hath it done,
That it in golden letters should be set
Among the high tides of the calendar?"

—*KING JOHN.*

PRESERVATION
COPY ADDED
MF 10/90

SAN JUAN P. R.
BUREAU OF SUPPLIES, PRINTING AND TRANSPORTATION
1916

Doc Col
9

PQ 6341
B16 P8

INTRODUCTION

The world has produced but half a dozen literary geniuses of the first order. Homer in Greece, Virgil in Rome, Dante in Italy, Shakespeare in England, Cervantes in Spain, and Goethe in Germany tower unique and majestic above their fellows.

April 23, 1916, marks the three-hundredth anniversary of the death of two of these men—Cervantes and Shakespeare. The Spanish and the Anglo-Saxon peoples, and their descendants, have made preparation to commemorate the day in a manner worthy of the genius of these two men, the noblest representatives of their races. For Porto Rico and Porto Ricans the day has a special significance. Descended from one of these two races and politically united with the other, Porto Ricans have a double interest in keeping alive these two names. The future holds the richest promise for the descendants of the Spanish and Anglo-Saxon races in America, all the greater if these two younger races are brought to see and realize their common destiny. Porto Rico is providentially located and related to bring these races together, to bridge with enduring bonds of sympathy and mutual understanding a gap which need not be wider than the Culebra Cut.

This bulletin has been prepared to offer the teachers of Porto Rico suggestive material to aid them to celebrate the day. Since April 23 falls on Sunday, at least one hour should be devoted the following Friday, April 28, or a subsequent Friday after the receipt of this bulletin, in every school to exercises in connection with this tercentenary celebration. These exercises should consist, in the main, of songs, recitations, reading of adequate selections from Cervantes and Shakespeare and talks on the lives of these two men.

In rural schools they may be quite simple. A familiar talk and explanation of some quotation by the teacher is probably sufficient, whereas in high schools and upper grades the exercises may be more elaborate and the major part of the program should be presented by the pupils themselves.

Wherever possible, a local patron conversant with these two writers should be asked to address the children. It is advisable, moreover, that either on this occasion or at some time before the close of the school year a more formal celebration, such as a literary entertainment, be held in honor of Cervantes and Shakespeare.

693

Grateful acknowledgments are extended to the *New York Times* for the use of material selected from their Sunday edition and to those persons who have cooperated with the Department of Education in preparing this bulletin, and especially to Mr. Manuel Fernández Juncos and Mr. Juan Puig of the Insular Library for their valuable assistance.

PAUL G. MILLER,
Commissioner of Education.

INTRODUCCIÓN

La humanidad no ha producido nada más que media docena de ingenios literarios de primera magnitud. Homero en Grecia, Virgilio en Roma, Dante en Italia, Shakespeare en Inglaterra, Cervantes en España, y Goethe en Alemania descuellan por cima de sus colegas en majestuoso aislamiento.

El 23 de abril de 1916 señala el tercer centenario de la muerte de dos de estos hombres—Cervantes y Shapespeare. Los pueblos hispanos y anglo-sajones y sus descendientes se preparan para conmemorar este día de una manera digna del genio de estos dos artistas, los más nobles representantes de sus razas. Para Puerto Rico y los puertorriqueños esta fecha tiene una significación especial. Descendientes de la raza española y unidos políticamente a la raza anglo-sajona, los puertorriqueños tienen doble interés en conservar vivos los nombres de Shakespeare y Cervantes. El porvenir guarda la más rica promesa para los hijos de las razas hispana y anglosajona en América, tanto más rica si se logra que estas dos razas jóvenes se den cuenta de su común destino. Por don especial de la Providencia, Puerto Rico está situado y relacionado de tal suerte que puede atraer a las dos razas y estrechar su amistad con lazos eternos de simpatía y mutuo aprecio.

Este folleto se ha preparado para brindar a los maestros de Puerto Rico material sugestivo que les sirva de ayuda para celebrar este acontecimiento. Como el 23 de abril cae en domingo debe dedicarse por lo menos una hora del viernes siguiente, abril 28, o de cualquier otro viernes después de recibir este folleto, en todas las escuelas a ejercicios en conexión con la fiesta del tercentenario. Estos ejercicios deberán consistir en general de cantos, recitaciones, lecturas de trozos escogidos de Cervantes y Shakespeare y pláticas acerca de las vidas de estos dos hombres.

En las escuelas rurales los ejercicios deberán ser sencilios. Quizás sea suficiente la explicación en forma familiar por el maestro de algunas citas de estos autores. En las altas escuelas y grados superiores, los ejercicios podrán ser más extensos y los alumnos mismos deberán producir la mayor parte del programa.

Donde sea posible, será conveniente que se invite a un padre de familia entendido en estos asuntos para que dirija la palabra a los niños. Se recomienda asimismo que, ya sea en esta ocasión o en

fecha anterior a la clausura del año escolar, se celebre una fiesta en toda regla, por ejemplo, una velada literaria en honor a Cervantes y Shakespeare.

Deseamos expresar nuestro agradecimiento al *New York Times* por el permiso que nos ha concedido para utilizar parte de los interesantes artículos, citas y comentarios que viene publicando en su edición dominical acerca de Shakespeare, como también a todas aquellas personas que han prestado su ayuda a este Departamento en la preparación del folleto, y en particular a Don Manuel Fernández Juncos y al Sr. Juan Puig de la Biblioteca Insular por su valiosa colaboración.

PAUL G. MILLER,
Comisionado de Instrucción.

CERVANTES—SHAKESPEARE

El uno dió el Quijote;
Hamlet el otro dió;
y la vida asombraron,
en su inmensa ficción,
el loco de la Mancha
y el loco de Elsinor.

Mas ellos son humanos:
lo mismo ayer que hoy,
Quijote fué el ensueño
y Hamlet fué el dolor,
y soñando y dudando
la vida fué pasión.

Así pasará siempre . . .
¿Quién no ve? ¿quién no vió
la pregunta que alonda
surgir tras el lanzón?
Este busca laureles;
aquélla busca a Dios.

Con la sangre del alma
se nutre la razón;
la idealidad le finge
los mundos que soñó:
tras la zarza gimiente
el perfil de una flor . . .

¡Oh viviente antinomia!
En nuestro corazón,
Hamlet y Don Quijote,
—un dualismo del yo—
se agitan siempre unidos,
y en porfía los dos.

¡Por el genio britano!
¡Por el genio español!

—Eugenio Astol.

PART ONE:

CERVANTES

"Si de Norte a Mediodía,
En uno y otro hemisferio,
No abarca ya nuestro imperio
Los pueblos que abarcó un día;
Por un hombre todavía
Somos lo que fuimos antes:
Pues los que más arrogantes
Las glorias de España ultrajan,
Callan y la frente bajan
Cuando decimos: ¡Cervantes!

Roma y Grecia, que al acero
Del bárbaro el cuello dan,
Hoy viven y vivirán
En Virgilio y en Homero.
Contra el destino severo
Que así en los pueblos se ensaña
Un libro nos acompaña
Al eterno porvenir.
¿Puede el Quijote morir?—
Pues morir no puede España.

Vosotros, que al grito santo
Respondéis de patria y gloria,
Venid, honrad la memoria
Del Soldado de Lepanto.—
¡Gloria al que es del orbe encanto!
¡Gloria al ingenio fecundo,
Festivo a un tiempo y profundo!
¡Gloria al Cautivo de Argel!
Aun nos llamamos por él
La primer nación del Mundo."

—*Ventura de la Vega.*

I. SU VIDA Y SUS OBRAS

"La biografía de Cervantes se puede concretar en esta frase: nació pobre, vivió pobre, murió pobre; legó al mundo el tesoro más rico que posee la literatura castellana."

CERVANTES

APUNTES BIOGRÁFICOS

Nació Cervantes en Alcalá de Henares, pequeña ciudad de la provincia de Madrid. Se conserva su fe de bautismo, fechada en 9 de octubre de 1547. Era hijo de Rodrigo de Cervantes y de doña Leonor de Cortinas.

Mostróse desde edad muy temprana la inclinación literaria de Cervantes. Fué a Roma en compañía del prelado Aquaviva, nuncio del Papa Pío V en la corte de Felipe II, y allí sentó plaza de soldado entre las tropas españolas que poco después tomaron parte en la célebre batalla de Lepanto, dirigida por don Juan de Austria contra la escuadra turca que había invadido aquellas aguas. Servía Cervantes en la galera *Marquesa,* donde se hallaba enfermo con calenturas el día del combate, y aun así solicitó y obtuvo de su jefe Francisco Prieto el honor de tomar parte en aquel combate naval, que duró todo el día, y en el que recibió tres tiros de arcabuz, dos en el pecho y uno en el brazo izquierdo, del cual quedó manco. Aun continuó sirviendo en Italia algunos años, bajo las órdenes de don Juan de Austria, hasta que en junio de 1575 obtuvo de este príncipe licencia para volver a España. En las cartas oficiales de don Juan de Austria al rey, se hacen honrosas referencias al valor, pericia y lealtad de Cervantes, y se le recomendaba con gran interés; pero no pudieron aprovechárle estas recomendaciones, por haber sido apresada por los moros la galera *Sol* en que regresaba de Italia a España, quedando Cervantes cautivo en Argel con toda la tripulación. Varias veces expuso allí su vida por alcanzar su libertad y la de sus compañeros, haciendo heroicidades asombrosas, cuyo relato aprovechó después en su novela *El Cautivo,* hasta que en septiembre del año 1578 fué redimido por los Padres Redentores de la Merced.

Vuelto a su patria y al servicio de las armas, peleó en Portugal bajo las órdenes del duque de Alba, y en 1592 tomó parte en la gran batalla naval ganada a los franceses por el famoso marqués de Santa Cruz, don Alvaro de Bazán, frente a la isla de San Miguel. También tomó parte muy valerosamente en la campaña que un año después dirigió el mismo don Alvaro de Bazán para someter a la obediencia de España las islas Azores. En alabanza de este gran marino español compuso Cervantes un buen soneto con ocasión de aquellas gloriosas jornadas.

Más tarde vivió algún tiempo en Lisboa, donde tuvo una hija natural, que fué bautizada con el nombre de doña Isabel de Saavedra.

Desde 1580 empezó Cervantes a escribir y publicar algunos libros que llamaron la atención de los hombres de letras. Vivía en Esquivas, provincia de Toledo, y solía pasar algunas temporadas en Madrid, pero en tal estado de pobreza que a duras penas podía sostener a su escasa familia.

En mayo de 1590 solicitó del rey un destino en Indias, como entonces se llamaban los países del nuevo mundo, a lo que no accedió Su Majestad.

Por espacio de diez años desempeñó en Sevilla un modestísimo destino en la comisión proveedora de los ejércitos y flotas de Indias. Desempeñó luego en Velezmálaga el cargo de recaudador de contribuciones, entregó 7,400 reales a un mercader llamado Simón Freire de Lima para que los girase a Madrid, y habiendo quebrado el mercader antes de hacer el giro, sufrió por esta causa Cervantes una larga cuanto injusta serie de persecuciones y encarcelamientos, hasta que a los cinco años fué declarada su inculpabilidad.

Pocos años después, y también injustamente, sufrió prisión Cervantes en Argamasilla, modesto poblado de la Mancha, al que probablemente alude en las primeras líneas del *Don Quijote*. Allí fué donde Cervantes ideó su maravillosa obra, y donde escribió la primera parte, o por lo menos sus principales capítulos.

Cuando en 1603 se estableció Cervantes en Valladolid, donde la corte había fijado su residencia, hallóse entre gente nueva y como en país extranjero. Nadie conocía en aquel anciano casi mendigo al soldado insigne de Lepanto ni al autor de *Galatea, Numancia* y *El Cautivo*. Hostigado por la necesidad acudió al duque de Lerma, ministro del nuevo monarca Felipe III, y este inepto valido le trató con desdén.

Se dedicó entonces a negocios y agencias particulares, y a corregir algo de los manuscritos de sus *Novelas Ejemplares*, en las que fundaba mayores esperanzas de éxito que en el *Quijote*, cuya primera parte había terminado ya.

Grangeóse por entonces la protección del conde de Lemos y del arzobispo de Toledo, quienes comprendieron el mérito y las virtudes de aquel gran hombre, y ellos le pusieron probablemente en relación con el opulento duque de Béjar, a quien dedicó la primera parte del *Don Quijote*. Fué publicada ésta en Madrid el año 1605; pero la primera edición salió muy defectuosa por hallarse ausente el autor. Aquel mismo año se hicieron cuatro ediciones más con iguales defectos.

Algo mejoró con los productos de ellas la triste situación de Cervantes; pero entonces empezó contra él otra clase de enconos y persecuciones por parte de los que sintieron envidia por el éxito de su ya famoso libro.

Por el año de 1607 se trasladó Cervantes con su familia a Madrid, donde fijó definitivamente su residencia. Un año más tarde apareció otra edición del *Quijote* revisada por el autor y cuidadosamente corregida.

Ya por entonces se hallaba allí la corte establecida. Poco después empezó a quebrantarse la salud de Cervantes y el conde de Lemos le favoreció con algunos donativos que le permitieron dar a la estampa sus *Novelas Ejemplares* en 1613.

En 1614 apareció el *Quijote* de Avellaneda, y, contrariado Cervantes por esta intromisión, trabajó con ahinco para terminar la segunda parte de su maravilloso libro, en la que tan donosamente satiriza al autor de aquel *Quijote* contrahecho. Publicóla Cervantes en octubre de 1615, cuando ya sentía muy quebrantada su salud, según lo expresa en la ingeniosa dedicatoria al conde de Lemos.

Nada más que seis meses sobrevivió Cervantes a la publicación de la segunda parte del *Quijote,* tiempo que empleó en terminar y corregir su última obra titulada *Pérsiles y Sigismunda,* de mérito notablemente inferior al *Quijote,* aunque escrita en bello y correcto lenguaje. Lo más sobresaliente de este libro es la dedicatoria al conde de Lemos, escrita por Cervantes desde la cama, cuatro días antes de su muerte, carta que por el sentimiento de noble gratitud que la inspira, como por la admirable serenidad de ánimo que revela el autor en presencia de la muerte, resulta de una energía y sublimidad indecibles.

Héla aquí:

Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, y que comienzan: *Puesto ya el pie en el estribo,* quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, ésta te escribo.

Ayer me dieron la extremaunción y hoy escribo ésta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y no quisiera yo ponerle coto hasta besar la mano de V. E., que podría ser fuese tanto el contento de verle bueno en España, que me volviese a dar la vida; pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa V. E., éste mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aún más allá de la muerte, mostrando su intención. Con todo esto, como en profecía me alegro

de la llegada de V. E., regocíjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del Jardín* y del famoso *Bernardo;* si a dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura sino milagro, me diese el cielo vida, las verá V. E., y con ellas el fin de la *Galatea*, de quien sé está aficionado V. E., y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios a V. E. como puede. De Madrid a diez y nueve de abril de mil seiscientos diez y seis años.

Criado de Vuesa Excelencia,

MIGUEL DE CERVANTES.

¡Así expresaba aquel peregrino ingenio su gratitud al Mecenas que le había prestado algunos favores!

Falleció en Madrid el día 23 de abril de 1616 en una modesta casa de la calle del León, número 20, señalada hoy con un busto de Cervantes en relieve, de tamaño natural, y su correspondiente inscripción. En Madrid se le ha erigido además una buena estatua de bronce, frente al actual palacio del Congreso.

La gloria de este admirable escritor creció con los siglos de tal manera que su nombre y el de los personajes del *Don Quijote* han dado la vuelta al mundo, adquiriendo en el extranjero tanta popularidad como en España. Todos los idiomas cultos tienen frases, refranes y sentencias de uso constante, tomadas de este libro portentoso.

Es también uno de los que con más interés y deleite leen los niños y adolescentes entre las obras maestras de la literatura universal.

—*Manuel Fernández Juncos.*

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

CERVANTES

SU VIDA Y SUS OBRAS

Miguel de Cervantes Saavedra nació en Alcalá de Henares, como dice él mismo en un documento oficial firmado en Madrid el 18 de diciembre de 1580; se ignora la fecha exacta de su nacimiento, pero fué bautizado en la iglesia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares, el domingo 9 de octubre de 1547. Era hijo segundo de Rodrigo de Cervantes y de Leonor de Cortinas; no se sabe nada de particular acerca de su madre; el padre, que se titulaba licenciado, era, según parece, un cirujano de los más modestos: la sordera le impidió alcanzar éxitos brillantes en su profesión, y fué pobre toda su vida. Es poco probable que Cervantes haya estudiado en Salamanca; su erudición era más bien escasa, y había pedantes que se mofaban de él porque carecía de títulos; la poca instrucción que tenía, adquirióla sin duda acompañando a su padre, que buscaba clientela de lugar en lugar. Siendo niño, había visto representar a Lope de Rueda, sintiendo desde entonces grande afición al teatro; también soñaba con triunfos literarios. El Sr. Foulché-Delbosc ha descubierto un soneto que lleva el nombre de Cervantes y que está dedicado a Isabel de Valois, tercera mujer de Felipe II; la fecha de la composición ha de colocarse entre 1560 y 1568, y, si la atribución es exacta, sería este soneto la más antigua de las obras conocidas del autor. Cervantes es mencionado en 1569 por un maestro de escuela madrileño, Juan López de Hoyos, que habla de él como de su "caro y amado discípulo;" se ha deducido de ello—un poco a la ligera—que Cervantes era profesor auxiliar en la escuela de ese pedagogo. Con ocasión de la muerte de Isabel de Valois (3 de octubre de 1568), se imprimió por vez primera una obra suya. López de Hoyos publicó un volumen rotulado: *Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicissimo transito, y sumptuosas exequias funebres de la Serenissima Reyna de España doña Isabel de Valoys nuestra Señora* (1569). En ella figura Cervantes con una copla, cuatro redondillas, una elegía de ciento noventa y nueve versos, y (quizá) con un epitafio en forma de soneto; la elegía va dedicada al cardenal Diego de Espinosa, en nombre de todo el colegio. Realmente no se sabe qué es lo que significaban estas seis palabras: "en nombre de todo el Estudio." Esas obritas carecen de valor: es posible que Cervantes no las haya visto nunca impresas. El libro

de López de Hoyos no salió a luz hasta el otoño de 1569; Cervantes se hallaba en Roma en diciembre de 1569; y hacia este tiempo fué cuando desempeñó el cargo de camarero de Guilio Acquaviva, que había sido enviado a España como Legado pontificio a fines de 1568. No hay que prestar atención ninguna a las leyendas que se han forjado para explicar este viaje de Cervantes: que tuvo relaciones con una dama de honor, y que se hizo reo de lesa majestad por haber herido a un hombre cerca de Palacio. Cervantes era en esta época lo que siguió siendo toda su vida en opinión de la mayoría de sus compatriotas: un personaje de poquísima importancia social. Fué a Italia para buscar fortuna, o para ganarse la vida.

No permaneció mucho tiempo al servicio de Acquaviva. En 1570 se alistó en la compañía mandada por Diego de Urbina, capitán del regimiento de infantaría de Miguel de Moncada, que servía entonces a las órdenes de Marco Antonio Colonna: al hijo de este último, Ascanio (más tarde Cardenal) fué dedicada *La Galatea*. En 1571, Cervantes combatió en Lepanto, donde recibió dos balas en el pecho y quedó inútil de la mano izquierda "para gloria de la diestra," como él dice con disculpable orgullo. Fijémonos en que no perdió la mano izquierda, como han creído algunos ignorantes, artistas o no, engañados por el mote de "manco de Lepanto" que él se aplicó. Tomó parte en los combates de Navarino, Túnez y la Goleta; tornó a Italia, cuyo idioma aprendió sin duda, porque editores meticulosos han señalado en sus obras huellas de idiotismos italianos. En Nápoles se embarcó para España, en septiembre de 1576, con cartas de recomendación de don Juan de Austria y del duque de Sessa, virrey de Nápoles. El 26 de septiembre, la galera Sol, en que iba, fué atacada por piratas berberiscos, y Cervantes, con la mayoría de los que se hallaban a bordo, fué llevado a Argel. Allí permaneció cautivo durante cinco años, componiendo obras dramáticas y proyectos de fuga, y trabajando por organizar un levantamiento general de los esclavos cristianos. Su libertad, que su familia había intentado en vano conseguir, fué debida a una feliz casualidad. El misionero fray Juan Gil ofreció quinientos escudos de oro por el rescate de un caballero aragonés llamado Gerónimo Palafox; aunque la cantidad no bastaba para rescatar a un hombre de la categoría de Palafox, era suficiente para hacer libre a Cervantes, el cual ya se encontraba a bordo de la galera del bey, que marchaba a Constantinopla. Hemos advertido antes que estaba de vuelta en Madrid el 18 de diciembre de 1580. Cierto documento firmado por él (1590) da a entender que sirvió, juntamente con su hermano Rodrigo, en Portugal y en las Azores; pero la redacción de las frases es confusa, la cronología

se opone a una interpretación literal, y parece que, en ese pasaje, Cervantes ha querido hablar sólo de los servicios de su hermano. Dice haber desempeñado cierta comisión en Orán y en Mostagán; luego, no encontrando ocupación, se estableció en Madrid por los años de 1582 o 1583, e intentó vivir de su pluma.

Se han perdido las obras dramáticas que escribió durante su cautiverio: de este período sólo conservamos dos sonetos (1577) dirigidos a Bartolomeo Ruffino, su compañero de esclavitud en Argel, y una hermosa epístola en verso al secretario de Estado Mateo Vázquez (m. 1591): el autor apreciaba bastante esta epístola, porque inserta cerca de setenta versos de la misma en su comedia *El Trato de Argel*. En Madrid, las primeras huellas de Cervantes como autor, son sus sonetos laudatorios en el *Romancero* (1583) de Pedro de Padilla y en la *Austriada* (1584) de Juan Rufo Gutiérrez; en su *Jardín espiritval* (1585), Padilla devuelve el elogio a Cervantes, colocándole entre los más famosos poetas de Castilla. Cervantes tenía demasiado buen sentido para tomar en serio el cumplido, y se presentó al público con la *Primera Parte de la Galatea dividida en seys libros* (1585). Háse dicho que compuso esta novela pastoril por los años de 1568 a 1570, y que más tarde la retocó; también se ha dicho que la escribió para llevar a término sus amores con Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, a quien hacía la corte. Nada sabemos de ello. El privilegio del volumen está fechado en 22 de febrero de 1584; el 12 de diciembre de 1584, Cervantes se casó con Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, natural de Esquivias, y diez y ocho años más joven que él. Recibió 1,336 reales por su novela, cantidad que, unida a la pequeña dote de su mujer, le permitió instalar su menaje.

Al escribir *La Galatea*, tendió sus velas al viento popular, y no puede vituperársele por ello. La teoría del arte por el arte no le preocupó nunca: le era necesario agradar para ganarse la vida. "Provecho quiero, que sin él no vale un cuatrín la buena fama," dice el autor en *Don Quijote* (II, cap. LXII), expresando los sentimientos de Cervantes. Como especulación financiera, *La Galatea* fué un fracaso: sólo dos reimpresiones se hicieron en vida del novelista, una en Lisboa, el año 1590, otra en París, el 1611. Pero Cervantes no podía prever este fracaso. Siguió la corriente, y esto puede pasar. ¿No tendría, sin embargo, debilidad por la pastoral como género? Más tarde, su sentido humorístico le obligó a reconocer lo falso de este convencionalismo, haciéndole afirmar, por boca del discreto Berganza, que todos aquellos libros pastoriles "Son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna."

Pero Cervantes no perdió nunca la afición a lo pastoril, y sentía singular cariño por *La Galatea*. La perdona cuando arroja al fuego la librería de don Quijote, alaba su buena invención, y estimula al barbero a esperar la segunda parte prometida en el texto. Cinco veces, en treinta y un años, prometió Cervantes la segunda parte de *La Galatea*. ¿No deberá pensarse que tenía buena opinión de la primera, y que su afición a las novelas pastoriles era incorregible?

La prolijidad, el artificio, el boato, la monotonía, la extravagancia, son defectos inherentes a la novela pastoril del siglo XVI, y no se libra de ellos *La Galatea;* pero no carece de invención ni de fantasía, y su florida retórica es buen ejemplo de prosa artificial. No llegó, sin embargo, a encantar a los lectores, y Cervantes volvió los ojos a la poesía. Hay versos suyos en el *Jardín espiritval* (1585) de Padilla, en el *Cancionero* (1586) de Gabriel López Maldonado, en las *Grandezas y Excelencias de la Virgen Señora nuestra* (1587) de Padilla, y en la *Philosophia cortesana moralizada* (1587) de Alonso de Barros (1522–1604?): versificar fué su chifladura, y cuando el médico Francisco Díaz publicó un *Tratado nuevamente impreso,* de todas las enfermedades (1588), el infatigable rimador escribió un soneto con tan peregrina ocasión, que dió lugar igualmente a otro entusiasta soneto de Lope de Vega.

Con toda evidencia, Cervantes echó de ver que el hombre no vive sólo de sonetos, y se arriesgó a tentar fortuna en el teatro. Nos dice que, hacia esta época, escribió veinte o treinta piezas, pero no poseemos sino los títulos de algunas de ellas: *El Trato de Constantinopla y muerte de Selin, La Gran Turquesca, La Jerusalen, La Batalla Naval, La Amaranta, El Bosque amoroso, Arsinda y La Confusa.* Las fechas señaladas a estas piezas son más bien hipotéticas. Olivares parece haber poseído ejemplar de *La Batalla Naval,* y la *Arsinda* existía aún en 1673, año en que Matos Fragoso la menciona en *La Corsaria catalana.* Nada sabemos de las demás, sino que el mismo autor juzgaba a *La Confusa* "por buena entre las mejores." Esta satisfacción de sí propio es humana y divertida. Cervantes poseía la feliz convicción de que era un dramaturgo excelente, y la posteridad se muestra rebelde a creerlo así. Dos obras dramáticas de este período: *El Trato de Argel* y *La Numancia,* se imprimieron en 1784. El asunto de la primera está tomado de la vida de los esclavos cristianos de Argel: la pasión de Zara la mora por el cautivo Aurelio, enamorado de Silvia. Tal asunto debía de gustarle a Cervantes, porque lo utilizó treinta años más tarde en *El Amante Liberal.* La obra es bastante mediana; las situaciones no respetan la verisimilitud; la versificación no tiene nada de particular; la

introducción de un león, del demonio, de abstracciones como la Necesidad y la Ocasión, es fútil; algún interés despierta el cautivo Saavedra, porque Saavedra es sin duda el mismo Cervantes. *El Trato de Argel* es una pintura bastante animada de los trabajos sufridos por el autor y por sus compañeros; podría interesar a un auditorio de amigos, pero carece enteramente de valor dramático.

El dice que sus obras dramáticas fueron representadas "con general y gustoso aplauso de los oyentes," y sin duda lo tenía por cierto; pero los hechos demuestran lo contrario. Si no hubiese fracasado como dramaturgo, ¿habría abandonado el teatro y Madrid para buscar ocupación en otra parte? En 1587 encontramos a Cervantes en Sevilla, ocupándose en aprovisionamientos de trigo, a las órdenes de Diego de Valdivia, con un salario de doce reales diarios. En enero de 1588 fué proveedor de la Armada Invencible; pero, al mes siguiente fué reprendido y excomulgado por exceso de celo en Ecija; antes de partir la Armada, escribió una oda haciendo profecías de victoria, y antes de fines de año compuso otra lamentando el desastre acaecido. En mayo de 1590, su situación había llegado a ser tan crítica, que solicitó uno de los tres cargos vacantes a la sazón en la América española: su petición fué denegada. No había renunciado por completo a la literatura. En 1591 escribió un romance para *La Flor de varios y nuevos romances de Andrés de Villalta;* en 1592, celebró un contrato con Rodrigo Osorio, autor de compañías en Sevilla, comprometiéndose a darle seis comedias a cincuenta ducados cada una, cantidad que no había de cobrar sino en el caso de que Osorio juzgase que las piezas eran "de las mejores comedias que se han representado en España." Ignórase el resultado de este convenio, sin duda porque algunos días después de haberlo firmado (el 5 de septiembre de 1592), Cervantes fué preso en Castro del Río, por haber procedido, sin autorización, a la venta de trigo. En 1593 le vemos ejercer sus funciones en Sevilla y en otros lugares; en 1594 fué enviado a Granada, y en 1595 ganó tres cucharas de plata, primer premio de una justa literaria celebrada en Zaragoza en honor de San Jacinto. Su soneto al famoso almirante Santa Cruz, va impreso en el *Comentario en breve compendio de disciplina militar* (1596) de Cristóbal Mosquera de Figueroa (1544?–1610), y su soneto satírico sobre la entrada de Medina Sidonia en Cádiz, después de saqueada y evacuada por el conde de Essex, es del mismo año.

En 1597, hallándose en Sevilla cuando la muerte de Herrera, Cervantes escribió un soneto a la memoria de este poeta; tal soneto nos parece de sospechosa autenticidad. Durante el año 1597, Cervantes

fué encarcelado: en 1595 había confiado fondos del Tesoro a cierto Simón Freire de Lima, el cual quebró y se fugó. Preso en septiembre de 1597 y excarcelado en diciembre, Cervantes fué definitivamente absuelto. Observemos que en todo este asunto no hay la menor imputación contra la honradez de Cervantes: fué imprudente o desdichado al confiar el dinero del Estado a un banquero que estaba a punto de quebrar, y esto es lo peor que de él puede decirse; en último término, el Estado no perdió nada, porque se hizo pago con el resto de los bienes del banquero. A pesar de ello, el Tesoro reclamó el dinero a Cervantes, que no lo tenía. El infeliz llevó en Sevilla una vida miserable. Hacia fines de 1598 compuso dos sonetos y unas quintillas sobre la muerte de Felipe II; después le perdemos de vista hasta 1601, fecha de una relación oficial sobre sus asuntos; en 1602 escribió un soneto para la segunda edición (1602) de la *Dragontea* de Lope de Vega, y, hacia esa fecha, fué encarcelado una vez más; en 1603, obedeciendo a una citación de la Hacienda, tuvo que comparecer en Valladolid para alegar los descargos que pudiera. No siéndole posible entregar la menor cantidad, la deuda quedó pendiente. Pero no hizo en balde el viaje, porque encontró editor para un libro rotulado: *El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha:* el privilegio está fechado en 26 de septiembre de 1604, y en enero de 1605 fué publicado el libro en Madrid por Francisco de Robles, librero del rey. Dedicólo Cervantes al séptimo duque de Béjar (m. 1619), componiéndose la dedicatoria, como hemos dicho, de frases tomadas de Medina y de Herrera.

¿En qué época escribió *Don Quijote?* Seguramente después de 1591, porque al principio hay una alusión al *Pastor de Iberia*, de Bernardo de la Vega, publicado en aquel año. Pretendióse en otro tiempo que el libro fué empezado en la cárcel de Argamasilla de Alba, y la tradición fijó la escena en la cueva de la casa de Medrano. Si realmente *Don Quijote* fué comenzado en una cárcel, más bien lo sería en la de Sevilla. Lo que parece probable, es que don Quijote vivió en Argamasilla: los versos satíricos del final de la novela, mencionan precisamente ese "lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme." Hemos dicho que *Don Quijote* se publicó a principios de 1605. Con todo, está mencionado en *La Pícara Justina de* López de Ubeda, cuyo privilegio lleva fecha de 22 de agosto de 1604; y Lope de Vega, en carta de 14 de agosto de 1604 a un médico desconocido, augura amablemente que ningún poeta nuevo "hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a *Don Quijote.*" No explicamos estos hechos. No hay que hablar de una edición de 1604; los argumentos invocados contra esta hipótesis, la hicieron

abandonar por el mismo que la había formulado. Evidentemente, el libro fué discutido varios meses antes de imprimirse, y los desventurados críticos hubieron de reconocer una vez más que sus opiniones no influyen para nada en el público, el cual insiste en divertirse, a pesar de reglas y de dogmas. *Don Quijote* venció: en julio de 1605 se preparaba en Valencia una quinta edición.

El autor anuncia francamente su propósito: "deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías." Personas más maliciosas que Cervantes rechazan esta declaración. Para ellos, Cervantes se engañaba: su libro es un ataque contra la Virgen, una crítica de la Inquisición, un tratado filosófico; Sancho Panza es el símbolo del pueblo o de los políticos, los molinos de viento son el Error, Maritornes la Iglesia, Dulcinea "el alma objetiva de don Quijote." Es el colmo: sabido es a cuantas sandeces se ha aplicado la palabra "objetivo" y otros vocablos del mismo jaez. Cervantes fué desgraciado en vida, y sus desventuras no acabaron con su muerte. Es un maestro en invenciones, un humorista sin igual, consumado en la observación irónica, un creador casi tan grande como Shakespeare. Pero sus admiradores quieren hacerle pasar por un dios, un poeta, un pensador, un reformador político, un perfecto hombre de ciencia, un purista del habla, y un asceta. Podría formarse una pequeña biblioteca con las obras consagradas a Cervantes médico, letrado, marino, geógrafo, y mil cosas más. No es Cervantes semejante ídolo. Tomémosle como fué: como un artista mejor en la práctica que en la teoría, grande por sus facultades naturales, más bien que por las adquiridas. Ha habido españoles que le han tildado de mal estilista: es ir demasiado lejos. En ciertos pasajes, se revela como uno de los más nobles maestros de la prosa castellana, claro, directo, enérgico; pero se cansa pronto, y vuelve con facilidad a sus frases sobrecargadas de relativos inútiles. No es un prosista perfecto, ni tampoco representa una influencia puramente intelectual; su estilo es descuidado y desigual, pero tiene a menudo la hermosa sencillez y la fresca lozanía de la naturaleza. Este es su carácter: la naturalidad. Cervantes es inmortal por su potencia creadora, por los recursos de su imaginación, por su infinita simpatía. De ahí el carácter humano y universal de su obra: de ahí el esplendor de su secular fama.

Es posible que él mismo no comprendiese todo el alcance de su obra maestra. Pinta al hidalgo manchego como hombre afable, valiente, y discreto en todo, excepto en aquel punto insignificante que anula el tiempo y el espacio y cambia el aspecto del universo; a este héroe da por compañero Sancho Panza, egoísta, prudente, práctico,

Estos tipos son eternos, pero no hay en esos dos personajes ninguna intención esotérica. Cervantes da rienda suelta al instinto de artista creador, recreándose en la superabundancia de ingeniosa fantasía, en el desenvolvimiento de los caracteres, en la riqueza de los incidentes, en su ironía genial. Su obra es un elaborado mosaico. Incrusta en él poesías, unas veces burlescas y otras idealistas; agrega recuerdos de Argel; de escenas picarescas que presenció durante su aventurera vida de recaudador de contribuciones; de intrigas italianas tomadas del Ariosto; de sarcasmos enderezados contra Lope de Vega o Mariana; en fin, un tesoro de aventuras y de experiencia. Nada de extraño tiene que el mundo haya acogido con delirio a *Don Quijote*. Termina una época y da principio a otra. En el punto en que se separan ambos caminos, yérguese *Don Quijote*, señoreando todo el campo de la ficción. La posteridad lo acepta como prodigio de observación profunda, de invención incomparable, de fantasía humorística. Cervantes está junto a Homero y Shakespeare, como hombre de todos los tiempos y de todos los pueblos: *Don Quijote*, como la *Iliada* y *Hamlet*, pertenece a la literatura universal, y ha llegado a ser para todos las naciones un regalo eterno del espíritu.

Salvo algunos versos de circunstancias, Cervantes no escribió nada durante ocho años. Se le atribuía antes una relación (1605) de los festejos dados en honor de Lord Nottingham, embajador de Inglaterra, y del bautizo del futuro Felipe IV; pero el verdadero autor fué Antonio de Herrera. Las noticias auténticas que poseemos de Cervantes, referentes a aquel tiempo, son peregrinas. Le encontramos sujeto a prisión preventiva, sospechoso de saber más de lo que aparenta acerca de la muerte airada de don Gaspar de Ezpeleta en Valladolid, el verano de 1605. Por un extraño concepto de su deber, hubo biógrafos que publicaron los autos del proceso en forma incompleta, suprimiendo la declaración de un testigo, según el cual Isabel de Saavedra, hija natural de Cervantes, era pública y notoriamente amante de un portugués llamado Simón Méndez. Esta declaración puede ser falsa, pero, como era de presumir, su omisión produjo desastrosos resultados. El hecho de haber habido una conspiración de silencio, hizo gran daño a Cervantes, dando origen a rumores deshonrosos para él. Por fin ha sido impreso el proceso íntegramente; parece, no obstante, que existe cierta laguna en los documentos publicados; tales como están su lectura es poco edificante, pero demuestra que Cervantes no tenía nada que ver en el asunto de Ezpeleta. Y, puesto que hemos mentado a Isabel de Saavedra, descartemos las novelescas hipótesis que se han formulado acerca de ella. No era hija de una noble dama portuguesa; no era

el único apoyo de su anciano padre; no llegó a hacerse monja. Nació poco antes, o poco después del matrimonio de Cervantes; su madre se llamaba Ana Franca de Rojas, pobre mujer casada luego con un Alonso Rodríguez; en 1599, la joven entró al servicio de la hermana de Cervantes, Magdalena de Sotomayor; de allí pasó a casa de su padre, y, viviendo éste, se casó dos veces. No tenía aficiones literarias; si hemos de creerla (lo cual es bastante difícil), en el momento del proceso no sabía escribir su nombre.

Resulta del proceso, que Cervantes vivía de un modo bastante humilde. Con todo, si hemos de dar crédito a Gayangos, Cervantes frecuentaba asiduamente, por aquellos días, las casas de juego de Valladolid: trátase quizá de un homónimo, porque el nombre de Cervantes, raro hoy, era bastante común en el siglo XVII. Fuese cual fuese el empleo que Cervantes dió a su tiempo, se ocupó poco en literatura. Desde 1605 hasta 1608, sólo produjo tres sonetos, uno de los cuales se atribuye a veces a Quevedo. No hay nada que decir acerca de los bosquejos y de los tres entremeses recogidos por Aureliano Fernández-Guerra y por Adolfo de Castro: su autenticidad es más que dudosa. En abril de 1609, Cervantes entró en la nueva cofradía de los Esclavos del Santísimo Sacramento; en 1610 se publicó su soneto a la memoria de Diego Hurtado de Mendoza. En este período sufrió un gran desengaño: no fué designado para el séquito del conde de Lemos (1576–1622), nuevo virrey de Nápoles, pero su mala suerte es una dicha para nosotros. En 1611 entró en la Academia Selvaje, fundada por Francisco de Silva, celebrado más tarde en el *Viage del Parnaso,* y se ocupó seriamente de aquel conjunto único de realidad y de fantasía, de humor finísimo y de la más curiosa experiencia: las doce *Novelas exemplares* (1613), cuyo privilegio lleva fecha de 8 de agosto de 1612. Recibió por esta obra 1,600 reales y veinticuatro ejemplares del volumen.

Algunas de esas novelas estaban escritas, sin duda, mucho tiempo antes de 1612. En *Don Quijote,* el autor había mencionado ya *Rinconete y Cortadillo,* cuento picaresco, extremadamente picante, que volvemos a encontrar en las *Novelas.* Otra de éstas, el *Coloquio de los Perros,* es una pequeña obra maestra. Monipodio, jefe de una escuela de ladrones; su devoto acólito Ganchuelo, que no hurta nunca los viernes; Pipota, la borracha que da traspiés al poner candelas a los santos; todos representan éxitos en el arte del retrato. Sancho Panza mismo no habla mejor que el perro Berganza, cuando pasa revista a sus muchos amos. Los dos pícaros Campuzano y Estefanía de Caicedo, están presentados de mano maestra en *El Casamiento engañoso,* y la fantástica silueta del Licenciado Vidriera, apenas cede

el puesto a *Don Quijote*. En 1814, Agustín García Arrieta puso *La Tía fingida* entre las novelas de Cervantes, y bajo forma más completa, figura ahora en casi todas las ediciones. El descubrimiento del manuscrito fué tardío (1788), y más moderna aún la atribución a Cervantes, pero siempre se ha preguntado la gente qué otro contemporáneo pudo tener el talento necesario para escribirla. No lo poseía ciertamente Antonio de Eslava, que estaría olvidado hace mucho tiempo, si Shakespeare no hubiera sacado *The Tempest* de *Las Noches de Invierno* (1609). Ni tampoco Lope de Vega, que no se distinguía como cuentista. Ni Mateo Alemán, demasiado regañón y demasiado agrio. En realidad no queda más que Cervantes, y la ingeniosa argumentación del Sr. Bonilla y San Martín hace extraordinariamente probable la atribución a nuestro autor.

Cervantes se presenta como poeta en su *Viage del Parnaso* (1614), imitado del *Viaggio in Parnaso* (1582) de Cesare Caporali (1530–1601) de Perusa. El *Viage* no es otra cosa que una lista rimada de los poetas contemporáneos, y, francamente, bien poco tiene de interesante: el genio de Cervantes era más creador que crítico, y el verso no constituía buen medio de expresión para su discreta ironía. Aunque su *Viage* tenga algunos rasgos personales de interés, degenera en un diluvio de alabanzas. Cuando en él intenta Cervantes algún ataque, no sabe dirigirlo con brío. Se proponía quizás acabar con los malos poetas, como había acabado con los malos novelistas; pero existía esta diferencia: que si era admirable en prosa, distaba de serlo en verso. ¿Por qué no reconocer sin ambages que en esto no es sino un diestro aficionado? Añadió una posdata en prosa, de su mejor estilo. Esto nada tiene de sorprendente; la carta de Apolo está fechada en 22 de julio de 1614; dos días antes, Sancho Panza había dictado su famosa carta a su mujer. El maestro recobraba su terreno: la continuación de *Don Quijote* estaba en marcha. Pero sufrió retrasos, mientras Cervantes escribía un soneto para la *Parte primera de varias aplicaciones y transformaciones* . . . (1613) de Diego de Rosel y Fuenilana, unas cuartetas (1613) para Gabriel Pérez del Barrio Angulo (1558?–1652?) y ciertas estrofas (1615) en honor de la futura Santa Teresa, a quien se acababa de beatificar.

Además quiso tantear de nuevo la escena. Como ningún autor aceptaba sus obras, hizo imprimir sus ocho comedias y ocho entremeses nuevos (1615). Exceptuando *Pedro de Urdemalas*, estas comedias son equivocaciones, y cuando el autor quiere imitar a Lope de Vega, como en *La casa de los zelos, y selvas de Ardenia*, el fracaso es evidente, y además, justo, porque en *Pedro de Urdemalas* Cervantes ataca de mala manera a su victorioso rival. Por otra

parte, sus entremeses son piezas cómicas animadas e ingeniosas, interesantes por sí mismas y como cuadros realistas de la vida vulgar, tomada en su entraña.

Mientras escribía el capítulo cincuenta y nueve de la segunda parte de *Don Quijote*, Cervantes tuvo noticia de que acababa de salir a luz (1614) una continuación apócrifa, impresa en Tarragona con el nombre de Alonso Fernández de Avellaneda. Se ha supuesto, con arreglo a una vaga sospecha de Cervantes, que Avellaneda es un seudónimo, y se ha atribuído la falsa continuación a Luis de Aliaga (1565–1626), confesor del rey; a Juan Blanco de Paz, cautivo en Argel con Cervantes; al poeta Bartolomé Leonardo de Argensola; a López de Ubeda, el autor de la *Pícara Justina;* a los célebres dramaturgos Lope de Vega, Tirso de Molina y Ruiz de Alarcón; a Gaspar Shöppe, erudito a quien se ha considerado, sin fundamento, como original del licenciado Vidriera; a Alonso Fernández, que escribió en 1627 una historia de Plasencia; a cierto Alfonso Lamberto, ínfimo literato; a Juan Martí, autor de una continuación apócrifa de la *Primera Parte de Guzmán de Alfarache,* y a fray Luis de Granada, que había muerto veintiséis años antes. Finalmente, para colmo del absurdo, se ha formulado la hipótesis de que Avellaneda es seudónimo del mismo Cervantes. Pero no tenemos todavía, y quizá no tengamos nunca la clave del misterio. Lo que parece cierto, es que Cervantes ignoraba quién era el autor de esa continuación, porque, de otro modo, hubiera desenmascarado pronto al sujeto que le robaba. ¿Por qué no ha de ser Avellaneda el nombre de este obscuro continuador?

Como quiera que sea, a él debemos un libro bastante entretenido, brutal y cínico, que todavía se reimprime; y no se reduce a esto solo nuestra deuda para con él. Aun cuando de ningún modo fuera esa su intención, gracias a Avellaneda, según todas las probabilidades, se publicó la verdadera continuación, la *Segunda Parte del Ingenioso Cavallero Don Quixote de la Mancha* (1615). Pudo dudarse, durante mucho tiempo, de que Cervantes llegase a escribirla nunca: al final de la primera parte, casi parece invitar a otros a que la continúen, y lo cierto es que guardó silencio durante nueve años. Cabe admitir que Avellaneda comenzó de buena fe su continuación, buscando provecho pecuniario. Su insolente prefacio ha de explicarse por la cólera que sintió al ver que se le quitaba el pan de la boca, cuando fué anunciada en 1613 la verdadera segunda parte, en el prólogo de las *Novelas exemplares.* Si su entrometimiento y sus groseras injurias no hubieran herido en lo vivo a Cervantes, el segundo *Don Quijote* habría corrido la misma suerte, verosímilmente, que la segunda

Galatea, prometida durante más de treinta años y nunca publicada. La precipitada conclusión de la segunda parte de *Don Quijote* está por bajo del habitual nivel del autor, lo mismo que sus violentas frases contra Avellaneda y su anhelo de ver metido el libro de su rival "en los abismos del infierno." Pero esta precipitación es su único defecto, y los cincuenta y ocho primeros capítulos constituyen una perfecta obra maestra. Aunque Goethe y Lamb sean de contrario parecer, la segunda parte es de mayor alcance que la primera. La parodia no es tan insistente, el interés es más general, mayor la variedad de los episodios, más sutilmente humorístico su espíritu; los nuevos caracteres impresionan más, y el tono es más cortesano—más seguro. De esta suerte la carrera de Cervantes acaba con un esplendor triunfal. Proyectaba otras obras: una pieza que había de titularse *El Engaño a los ojos, Las Semanas del Jardín, El famoso Bernardo* y la eterna continuación de *La Galatea.* Sólo conservamos los títulos. Las tres últimas obras están prometidas en los preliminares de *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda, Historia setentrional* (1617), libro póstumo "que se atreve a competir con Heliodoro," y que había de ser "o el más malo, o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto." Esta novela, de ambicioso estilo, no ha conseguido interesar, a pesar de sus innumerables lances; contiene, sin embargo, el pasaje más conmovedor que Cervantes escribió nunca: la noble dedicatoria a su patrono el conde de Lemos, firmada el 19 de abril de 1616. Alegre hasta el final, cita—ya lo había hecho en *La ilustre fregona*—el principio de un romance que el Sr. Foulché-Delbosc ha vuelto a encontrar:

Puesto ya el pie en el estribo.

Con estas palabras afronta sonriente al destino, y se apercibe para el último viaje al mortal Valle de las Sombras. Murió el 23 de abril de 1616; fué sepultado, vestido con el hábito franciscano y "el rostro descubierto," en el convento de las Trinitarias, calle de Cantarranas.

Montesquieu, en sus *Lettres persanes,* pone en boca de Rica, hablando de los españoles, que "le seul de leurs livres qui soit bon, est celui qui fait voir le ridicule de tous les autres." Como hispanista, Montesquieu no es siempre de una meticulosa exactitud. Si quiere decir que *Don Quijote* es el único libro español que ha encontrado siempre acogida en el mundo entero, ha dicho la verdad de una manera ingeniosa. Un autor que a la vez sea nacional y universal, es todo lo más glorioso que puede ambicionar una literatura.

Tal autor es Cervantes. A pesar de su copiosa producción, su inmensa fama procede de *Don Quijote,* obra maestra sin par. No obstante, aunque sólo hubiera escrito las *Novelas exemplares,* figuraría entre los más grandes novelistas de España.

JAIME FITZMAURICE–KELLY,

Historia de la Literatura Española, cap. 9.

II. TROZOS ESCOGIDOS

"Some for renown, on scraps of learning dote,
And think they grow immortal as they quote."

—*Young.*

ELOGIO DE CERVANTES A SÍ MISMO

Sobrehumano, y sobre
Espíritu cilenio levantado!
Toda abundancia y todo honor te sobre.

Que en fin has respondido a ser soldado
Antiguo y valeroso, cual lo muestra
La mano de que estás estropeado.

Bien sé que en la naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda, para gloria de la diestra.

Y sé que aquel instinto sobrehumano
Que de raro inventor tu pecho encierra,
No te le ha dado el padre Apolo en vano.

Tus Obras los rincones de la tierra,
Llevándolas en grupa Rocinante,
Descubren, y la envidia mueven guerra.

Pasa, raro inventor, pasa adelante
Con tu sotil desinio, y presta ayuda
A Apolo; que la tuya es importante.

—*Viaje del Parnaso.*

VARIEDAD

Si el áspero furor del mar airado
Por largo tiempo en su rigor durase
Mal se podría hallar quien entregase
Su flaca nave al piélago alterado.

No permanecen siempre en un estado
El bien ni el mal, que el uno y otro vase,
Porque si huyese el bien y el mal quedase
Ya sería el mundo en confusión tornado.

La noche al día, y el calor al frío,
La flor al fruto van en seguimiento,
Formando de contrarios igual tela.

La sujeción se cambia en señorío,
El placer en pesar, la gloria en viento,
Che per tropo variar natura e bella.

—*La Galatea.*

LOS CELOS

Romance

Yace donde el sol se pone,
Entre dos tajadas peñas,
Una entrada de un abismo,
Quiero decir, una cueva,

Profunda, lóbrega, oscura,
Aquí mojada, allí seca,
Propio albergue de la noche,
Del horror y las tinieblas.

Por la boca sale un aire
Que al alma encendida hiela,
Y un fuego de cuando en cuando
Que el pecho de hielo quema.

Oyese dentro un ruido
Como crujir de cadenas,
Y unos ayes luengos, tristes,
Envueltos en tristes quejas.

Por las funestas paredes,
Por los resquicios y quiebras,
Mil víboras se descubren
Y ponzoñosas culebras.

A la entrada tiene puesto,
En una amarilla piedra,
Huesos de muerto encajados
En modo que forman letras;

Las cuales vistas del fuego
Que arroja de sí la cueva,
Dicen: "Esta es la morada
De los celos y sospechas."

Y un pastor cantaba al uso
Esta maravilla cierta
De la cueva, fuego y hielo,
Aullidos, sierpes y piedra.

El cual oyendo le dijo:—
Pastor, para que te crea,
No has menester juramentos,
Ni hacer la vista experiencia.

Un vivo traslado es ése
De lo que mi pecho encierra,
El cual como en cueva oscura
No tiene luz ni la espera.

Seco le tienen desdenes,
Bañado en lágrimas tiernas;
Aire, fuego y los suspiros
Le abrasan contino y hielan.

Los lamentables aullidos
Son mis continuas querellas,
Víboras mis pensamientos
Que en mis entrañas se ceban.

La piedra escrita amarilla
Es mi sin igual firmeza;
Que mis huesos en la muerte
Mostrarán que son de piedra.

Los celos son los que habitan
En esta morada estrecha,
Que engendraron los descuidos
De mi querida Silena.—

En pronunciando este nombre
Cayó como muerto en tierra;
Que de memorias de celos
Aquestos fines se esperan.

—*Poesías.*

EL VALLE DE LOS CIPRESES

Juntáronse todos, y con sosegados pasos comenzaron a entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era extraño y maravilloso, que aun a los mismos que muchas veces le habían visto, causaba nueva admiración y gusto. Levántase en una parte de la ribera del famoso Tajo, en cuatro diferentes y compuestas partes, cuatro verdes y apacibles collados, como por muros y defensores de un hermoso valle que en medio contienen, cuya entrada en él por otros cuatro lugares es concedida; los cuales mismos collados se estrechan de modo, que vienen a formar cuatro largas y apacibles calles, a quien hacen pared de todos lados, altos e infinitos cipreses, puestos por tal orden y concierto, que hasta las mismas ramas de los unos y de los otros parece que igualmente van creciendo, y que ninguna se atreve a pasar ni salir un punto más de la otra. Cierran y ocupan el espacio que entre ciprés y ciprés se hace, mil olorosos rosales y suaves jazmines, tan juntos y entretejidos, como suelen estar en los vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas, y puntosas cambroneras. De trecho en trecho de estas apacibles entradas se ven correr por entre la verde y menuda yerba, claros y frescos arroyos de limpias y sabrosas aguas, que en las faldas de los mismos collados tienen su nacimiento. Es el remate y fin de estas calles una ancha y redonda plaza, que los recuestos y los cipreses forman; en medio de la cual está puesta una artificiosa fuente de blanco y de precioso mármol fabricada, con tanta industria y artificio hecha, que las vistosas del conocido Tibulí, y las soberbias de la antigua Trinacria no le pueden ser comparadas. Con el agua de esta maravillosa fuente se humedecen y sustentan las frescas yerbas de la deliciosa plaza; y lo que más hace a este agradable sitio digno de estimación y reverencia, es ser privi-

legiado de las golosas bocas de los simples corderuelos y mansas ovejas, y de otra cualquier suerte de ganado; que sólo sirve de guardador de los honrados huesos de algunos famosos pastores, que por general decreto de todos los que quedan vivos en el contorno de aquellas riberas, se determina y ordena ser dignos y merecedores de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veían entre los muchos y diversos árboles, que por las espaldas de los cipreses estaban, en el lugar y distancia que había de ellos hasta las faldas de los collados, algunas sepulturas, cuál de jaspe y cuál de mármol fabricada, en cuyas blancas piedras se leían los nombres de los que en ellas estaban sepultados.

—De la *Galatea*.

TEMPESTAD Y NAUFRAGIO

Cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos dando por mensajeros a los relámpagos tras quien se siguen, comenzaron a turbar los marineros, y a deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así a un mismo tiempo los cogió la turbación y la tormenta; pero no por eso dejó cada uno de acudir a su oficio, y hacer la faena que vieron ser necesaria, si no para excusar la muerte, para dilatar la vida; que los atrevidos que de unas tablas la fían, la sustentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero, que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen a gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Transila su hija, Antonio con Ricla y con Constanza, su madre y hermana; sólo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecía su congoja, que era el de la muerte, a quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana ley y católica religión, que con muchas veras procuraba guardar; y así se recogió entre ellos, y hechos un nudo y por mejor decir, un ovillo, se dejaron calar así hasta la postrera parte del navío, por excusar el miedo espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros; y en aquella semejanza del limbo se excusaron de no verse, unas veces tocar al cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo. Esperaban la muerte cerrados los ojos; o por mejor decir, la temían sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga es espantosa, y la que coge a uno desapercibido en todas sus fuerzas y salud es formidable.

La tormenta creció de manera, que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitán, y finalmente la esperanza de remedio en todos: ya no se oían voces que mandaban, sino gritos de plegarias y votos que hacían y a los cielos se envíaban. No había allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atinase el lugar donde estaban: todo era confusión,

todo era gritos, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitán, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco a poco el desmayo llamó al silencio que ocupó las voces de los más de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente a pasearse por cima de la cubierta del navío, y aun a visitar las más altas gavias, las cuales también ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad: finalmente, al parecer del día, si se puede llamar día el que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse a parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le pueden suceder a un bajel: finalmente, combatida de un huracán furioso, como si se volviera por algún artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas y la quilla descubrió a los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban.

—De *Pérsiles y Sigismunda.*

LA VIDA DE LOS GITANOS

Nosotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad, ninguno solicita la prenda del otro: libres y exentos vivimos de la amarga pestilencia de los celos: no vamos a la justicia a pedir castigo, nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas o amigas, y con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos como si fueran animales nocivos; no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte; con este temor y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros, como hemos dicho ya, vivimos seguros. Pocas cosas tenemos que no sean comunes, excepto la muger o la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte: entre nosotros así hace divorcio la vejez como la muerte.

Con estas y con otras leyes y estatutos, nos conservamos y vivimos alegres. Somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes, de los ríos: los montes nos ofrecen leña de balde, los árboles fruta, las viñas uvas, las huertas hortaliza, las fuentes agua; los ríos peces, y los vedados caza; sombra las peñas, aire fresco las quiebras, y casas las cuevas. Para nosotros las inclemencias del cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, músicas los truenos, y hachas los relámpagos. Para nosotros son los duros terrones colchones de blandas plumas; el cuero curtido de nuestro cuerpo nos sirve de arnés impenetrable que nos defiende; a nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barrenos, ni la contrastan paredes . . .

No hay águila ni ninguna otra ave de rapiña, que más presto se abalance a la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos a las ocasiones que algún interés nos señalen: y finalmente, tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen, porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de día trabajamos y de noche hurta-

mos, o por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar dónde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambición de acrecentarla: ni sustentamos bandos, ni madrugamos a dar memoriales, ni a acompañar magnates, ni a solicitar favores. Por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos: por cuadros y países de Flandes, los que nos dá la naturaleza en estos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques, que a cada paso a los ojos se nos muestran.

Somos astrólogos rústicos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, a todas horas sabemos las que son del día y las que son de la noche. Vemos cómo arrincona y barre la aurora las estrellas del cielo, y cómo ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua, y humedeciendo la tierra, y luego tras ellas el sol dorando cumbres (como dijo el otro poeta) y rizando montes. Ni tememos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere a soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca; un mismo rostro hacemos al sol que al yelo, a la esterilidad que a la abundancia: en conclusión, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico; y sin entremeternos con el antiguo refrán *iglesia o mar o casa real*, tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos.

—De *La Gitanilla.*

TIPOS REGIONALES

Porque los vizcaínos, aunque son pocos, es gente corta de razones; . . . Los manchegos son gente avalentonada, de los de Cristo me lleve, y llevan ellos el amor a mojicones. Hay aquí también una masa de aragoneses, valencianos y catalanes: tenlos por gente pulida, olorosa, bien criada y mejor aderezada; mas no los pidas más, y si más quieres saber, sábete, hija, que no saben de burlas: porque son, cuando se enojan con una mujer, algo crueles y no de buenos hígados. A los castellanos nuevos tenlos por nobles de pensamientos, y que si tienen dan, y por los menos, si no dan no piden. Los extremeños tienen de todo, como boticarios, y son como la alquimia, que si llega a plata lo es, y si a cobre, cobre se queda. Para los anduluces, hija, hay necesidad de tener quince sentidos, no que cinco; porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos, sagaces, y nada miserables. Los gallegos no se colocan en predicamento porque no son alguien. Los asturianos son buenos para el sábado, porque siempre traen a casa grosura y mugre. Pues ya los portugueses es cosa larga de pintarse sus condiciones y propiedades; porque son gente enjuta de cerebro, cada loco con su tema; . . .

—De *La Tía Fingida.*

DONDE SE CUENTA LA GRACIOSA MANERA QUE TUVO D. QUIJOTE EN ARMARSE CABALLERO

Y así fatigado deste pensamiento abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él diciéndole: no me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano. El ventero que vió a su huésped a sus piés, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía. No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío, respondió D. Quijote; y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado. El ventero, que como está dicho era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oir semejantes razones, y por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba, y que él ansí mismo en los años de su mocedad se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras. . . . Díjole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar donde quiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo, que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser más en el mundo. Preguntóle si traía dineros: respondió D. Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido a los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara, y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron; y así tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudiese sucederles, y que asímismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de unguentos para curar las heridas que recebían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos, había quien los curase, si ya no era que tenían algun sabio encantador por amigo,

que luego los socorría trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno no hubiesen tenido: mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y unguentos para curarse: y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían, a las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia: porque no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes: y por esto le daba por consejo (pues aun se lo podía mandar como a su ahijado que tan presto lo había de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones recebidas, y que vería cuan bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase. Prometióle D. Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así se dió luego órden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba, y recogiéndolas D. Quijote todas, las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba, y embrazando su adarga asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó a pasear delante de la pila, y cuando comenzó el pasee comenzaba a cerrar la noche. Contó el ventero a todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas, y la armazón de caballería que esperaba. Admirándose de tan extraño género de locura, fuéronselo a mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademán unas veces se paseaba, otras arrimado a su lanza ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos. Antojósele en esto a uno de los arrieros que estaban en la venta ir a dar agua a su recua, y fué menester quitar las armas de D. Quijote, que estaban sobre la pila, el cual viéndole llegar, en voz alta le dijo: o tú quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no qieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), antes trabando de las correas las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por D. Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (a lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo: acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo: y diciento estas y otras semejantes razones, soltando la adarga alzó la lanza a dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas, y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí a poco, sin saberse lo que había pasado (porque aun estaba aturdido el arriero) llegó otro con la misma in-

tención de dar agua a sus mulos, y llegando a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar D. Quijote palabra, y sin pedir favor a nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto D. Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano a su espada dijo: o señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero que tamaña aventura está atendiendo. Con esto cobró a su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos a llover piedras sobre D. Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría aunque los matase a todos. También D. Quijote las daba mayores llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recibido la órden de caballería, que el le diera a entender su alevosía; pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid, ofendedme en cuando pudiéredes, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía. Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto como por las persuasiones del ventero le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos, y tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra órden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese: y así llegándose a él, se disculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole, como ya le había dicho, que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la órden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer: y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía cuanto más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó D. Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese: por que si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, ecto aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría. Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que la traía un muchacho, y con las dos ya dichas concellas sé vino adonde D. Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un gran golpe y

tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fué menester poco para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenía la risa a raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora: Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides. D. Quijote le preguntó como se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quien quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía a las tendillas de Sancho Bienaya, y que donde quiera que ella estuviese, le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó, que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera: a la cual también rogó D. Quijote que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora D. Quijote de verse a caballo, y salir buscando las aventuras; y ensillando luego a Rocinante, subió en él, y abrazando a su huésped le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas aunque con mas breves palabras, respondió a las suyas, y sin pedirle la costa de la posada le dejó ir a la buena hora.

—*Quijote, Parte I, cap. 3.*

DEL BUEN SUCESO QUE EL VALEROSO D. QUIJOTE TUVO EN LA ESPANTABLE Y JAMÁS IMAGINADA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO, CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE FELICE RECORDACION

En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como D. Quijote los vió, dijo a su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer: que ésta es una buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió

su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió D. Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas a su caballo Rocinante sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba a acometer. Pero el iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver aunque estaba ya bien cerca lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por Don Quijote dijo: pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo me lo habéis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante, y envistió con el primero molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle a todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió él Rocinante. ¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió D. Quijote, que las cosas de guerra más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante que medio despaldado estaba.

—*Quijote, Parte I, cap. 8.*

APOLOGÍA DE GRISÓSTOMO

Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad.

magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza; y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó a una fiera, importunó a un mármol, corrió tras el viento, dió voces a la soledad, sirvió a la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida. . . .

—*Quijote, Parte I, cap. 18.*

ELOGIO DE LA ANTIGUA CABALLERÍA ANDANTE

Los más de los caballeros que ahora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas las armas desde los pies a la cabeza; y ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado a su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño como lo hacían los caballeros andantes: ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil, ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose a las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho a la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces: mas ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades de oro y en los andantes caballeros. Si no dígame, ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿quién más discreto que Palmarín de Inglaterra? ¿quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿quién más acuchillado y acuchillador que D. Belianís? ¿quién más intrépido que Perión de Gaula? o ¿quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania? o ¿quién más sincero que Esplandián? ¿quién más arrojado que D. Cirongilio de Tracia? ¿quién más bravo que Rodomante? ¿quién más prudente que el rey Sobrino? ¿quién más atrevido que Reinaldos? ¿quién más atrevido que Roldán? . . . Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor Cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería.

—*Quijote, Parte II, cap. 1.*

CONSEJOS DE DON QUIJOTE A SANCHO PANZA ANTES DE QUE ESTE SE HICIERA CARGO DEL GOBIERNO DE LA INSULA BARATARIA

Primeramente, hijo, has de temer a Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio, no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quién eres, procurando conocerte a tí mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra. . .

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linage, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte, y préciate más de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos, que te cansaran.

Mira, Sancho, si tomas por medio a la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere a verte cuando estés en tu ínsula alguno de tus parientes, no le deseches ni lo afrentes, antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien concertada.

Si trujeres a tú muger contigo (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias) enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una muger rústica y tonta.

. . . . . .

Hallen en tí más compasión las lágrimas del pobre; pero no más justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa agena, que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren, será a costa de tu crédito y aún de tu hacienda.

Si alguna muger hermosa viniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas, y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la

sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción, considérale hombre miserable sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, múestrate piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios son todos iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia, que el de la justicia.

—*Quijote, Parte II, cap. 42.*

EL JUICIO DE LOS DIEZ ESCUDOS

Se presentaron dos hombres ancianos, el uno traía una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo: señor, a este buen hombre le presté días ha diez escudos de oro en oro por hacerle placer y buena obra, con condición que me los volviese cuando se los pidiese: pasáronse muchos días sin pedírselos por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenía cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, que ya me los ha vuelto: yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto: Querría que vuesa merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios. ¿Qué decis vos a esto, buen viejo del báculo? dijo Sancho. A lo que dijo el viejo: yo, señor, confieso que los presté; y baje vuesa merced esa vara, y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente. Bajó el Gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían; pero que él se los había vuelto de su mano a la suya, y que por no caer en ello, se los volvía a pedir por momentos. Viendo lo cual el gran gobernador, preguntó al acreedor qué respondía a lo que decía su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debía de decir verdad, porque le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que a él se le debía de haber olvidado el cómo y cuándo se los había vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pediría nada. Tornó a tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeja se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al

viejo del báculo, que ya se había ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho, le dijo: dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester. De muy buena gana, respondió el viejo: hele aquí, señor, y púsosele en la mano: tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dijo: andad con Dios, que ya vais pagado. ¿Yo, señor? respondió el viejo; ¿pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Sí, dijo el gobernador, o si no yo soy el mayor porro del mundo; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino, y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazón della hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron a su gobernador por un nuevo Salomón. Preguntáronle de dónde había colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos; y respondió, que de haberle visto dar el viejo que juraba a su contrario aquel báculo en tanto que hacía el juramento, y jurar que se los había dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar, le tornó a pedir el báculo, le vino a la imaginación que dentro del estaba la paga de lo que pedían: de donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y mas que él había oído contar otro caso como aquél al Cura de su lugar, y que él tenía tan gran memoria, que a no olvidársele todo aquello de que quería acordarse no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente el viejo corrido y el otro pagado se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribía las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendría y pondría por tonto o por discreto.

—*Quijote, Parte II, cap. 55.*

LA EDAD DE ORO

¡Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados! Y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que comenzaron a cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad todo concordia: aun no se había atrevido la pesada reja del corvo arado

a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabellos, sin más vestidos que aquéllos que eran necesarios para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con la que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. No había la fraude, el engaño, ni la malicie mezcládose con la verdad y la llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que lo osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar, ni quién fuese juzgado.

—De *El Quijote.*

AFORISMOS—PROVERBIOS—MODISMOS

A buen salvo está el que repica.

A Dios rogando y con el mazo dando.

A pecado nuevo penitencia nueva.

Al buen entendedor pocas palabras.

Al buen pagador no le duelen prendas.

Al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el Príncipe como el jornalero.

Al enemigo que huye, hacerle la puente de plata.

Asaz de desdichada es la persona que a las dos de la tarde no se ha desayunado.

Bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran.

Bien predica quien bien vive.

Cada oveja con su pareja.

Cada uno es artífice de su ventura.

Cada uno es como Dios le hizo, y aún peor muchas veces.

Cada uno es hijo de sus obras.

Cuidados agenos matan al asno.

Debajo de mala capa suele haber buen bebedor.

Del dicho al hecho hay gran trecho.

Dime con quién andas, decirte hé quién eres.

Dixo la sartén a la caldera, quita de allá ojinegra.

Donde reina la envidia, no puede vivir la virtud, ni adonde hay escasez, hay libertad.

El amor, según he oído decir, mira con unos antcojos, que hacen parecer oro al cobre, a la pobreza, riqueza, y a las lagañas, perlas.

El gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo.

El hombre sin honra peor es que un muerto.

El pobre debe contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo.

El que hoy cae, puede levantarse mañana.

El que lee mucho y anda mucho, va mucho y sabe mucho.

El que no sabe gozar de la ventura quando le viene, que no se debe quejar, si se le pasa.

En la tardanza va el peligro.

Entre dos muelas cordales nunca pongás tus pulgares.

(Y) es cosa manifiesta

Que no es de estima lo que poco cuesta.

Es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios.

Hasta la muerte todo es vida.

La caza es una imagen de la guerra.

La diligencia es madre de la buena ventura.

La verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceyte sobre el agua.

La virtud más es perseguida de los malos que amada de los buenos.

Las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo.

Las riñas entre los que bien se quieren son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces.

Lo que se sabe sentir, se sabe decir.

Más vale un buen nombre que muchas riquezas.

Más vale un toma que dos te daré.

Muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras.

Muchos pocos hacen un mucho.

Muchos van por lana, y vuelven trasquilados.

Nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana.

No es la miel para la boca del asno.

No hay camino tan llano, que no tenga algun tropezón.

No hay en la tierra contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida.

No ocupa más pies de tierra el cuerpo del Papa que el del sacristán.

No se ganó Zamora en una hora.

Nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fué admitido.

Paciencia y trabajar.

Quando Dios amanece para todos amanece.

Quando la cabeza duele todos los miembros duelen.

Quando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla.

Quando viene el bien, mételo en tu casa.

Quien a buen árbol se arrima, buena sombra lo cobija.

Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas, para dar remedio a ellas.

Tan buen pan hacen aquí como en Francia.

Tan pesada carga es la riqueza al que no está usado a tenerla ni sabe usar della, como lo es la pobreza al que continuo la tiene.

Tanto el vencedor es más honrado, quanto más el vencido es reputado.

Tanto vales quanto tienes, y tanto tienes quanto vales.

Tiene el miedo muchos ojos.

Toda comparación es odiosa.
Todas las cosas tienen remedio, sino es la muerte.
Un asno cargado de oro sube ligero por una montaña.
Vale más buena esperanza que ruin posesión.
Del hombre arraigado no te verás vengado.
Si da el cántaro en la piedra, o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro.
Tan presto se va el cordero como el carnero.

No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y se cumplan; que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no fuesen; antes dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen; y las leyes que atemorizan, y no se ejecutan, vienen a ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella.

QUOTATIONS FROM CERVANTES, MANY OF WHICH ARE IN COMMON USE IN ENGLISH *

A bird in the hand is worth two in the bush.
All that glitters is not gold.
Can one desire too much of a good thing?
Comparisons are odious.
Delay always heeds danger.
I can tell where my own shoe pinches me.
I have other fish to fry.
Leap out of the frying pan into the fire.
Never look for this year's birds in last year's nests.
Spare your breath to cool your porridge.
Tell me thy company and I will tell thee what thou art.
Within a stone's throw of it.

The brave man carves out his fortune, and every man is the product of his own works.

It is a true saying that a man must eat a peck of salt with his friend before he knows him.

Fair and softly goes far.
Plain as the nose on a man's face.
You are taking the wrong sow by the ear.
Let the worst come to the worst.
Ill-luck, you know, seldom comes alone.
Why do you lead me a wild-goose chase?
I find my familiarity with thee has bred contempt.
Sing away sorrow, cast away care.
Let every man mind his own business.
Murder will out.

It is the part of a wise man to keep himself to-day for to-morrow, and not to venture all his eggs in one basket.

I know what's what, and have always taken care of the main chance.
Let us make hay while the sun shines.

---

* Many of these quotations are common in several languages.

Little said is soonest mended.

A close mouth catches no flies.

Delay always breeds danger.

More knave than fool.

I begin to smell a rat.

When the head aches, all the members partake of the pain.

There is no book so bad but something good may be found in it.

Every man is as Heaven made him, and sometimes a great deal worse.

A little in one's own pocket is better than much in another man's purse.

Faint heart never won fair lady.

There is a remedy for all things but death, which will be sure to lay us out flat some time or other.

Let every man look before he leaps.

He has an oar in every man's boat, and a finger in every pie.

Patience, and shuffle the cards.

The proof of the pudding is the eating.

He is as like one, as one egg is like another.

Building castles in the air, and making yourself a laughing-stock.

It is good to live and learn.

He is as mad as a March hare.

I must follow him through thick and thin.

There is no love lost between us.

In the night all cats are gray.

Honesty is the best policy.

Time ripens all things. No man is born wise.

A good name is better than riches.

An honest man's word is as good as his bond.

Heaven's help is better than early rising.

There is a time for some things, and a time for all things; a time for great things, and a time for small things.

Many go out for wool, and come home shorn themselves.

You may as well expect pears from an elm.

Make it thy business to know thyself, which is the most difficult lesson in the world.

You cannot eat your cake and have your cake; and store's no sore.

Diligence is the mother of good fortune.

What a man has, so much he is sure of.

The pot calls the kettle black.

When thou art at Rome, do as they do at Rome.

My thoughts ran a wool-gathering; and I did like the countryman who looked for his ass while he was mounted on his back.

I shall be as secret as the grave.

Now, blessings light on him that first invented this same sleep! It covers a man all over, thoughts and all, like a cloak; it is meat for the hungry, drink for the thirsty, heat for the cold, and cold for the hot. It is the current coin that purchases all the pleasures of the world cheap, and the balance that sets the king and the shepherd, the fool and the wise man, even.

Rome was not built in a day.

The ass will carry his load, but not a double load; ride not a free horse to death.

III. APRECIACIONES

"Nothing can cover his high fame but heaven;
No pyramids set off his memories,
But the eternal substance of his greatness"

—Beaumont and Fletcher.

ROMANCE I *

Vocación Malhadada

En un lugar de la Mancha,
De cuyo nombre acordarse
No quiso, aunque bien pudiera,
El gran Miguel de Cervantes,
Nació y vivió un buen hidalgo
De presuncioso linaje;
Lanza en astillero; adarga
Y espadón recio y cortante.

Era de rostro moreno,
Asaz enjuto de carnes;
Hombre de honestas costumbres
Si bien de fiero talante.

Frisaba ya en los diez lustros
O cincuenta años cabales,
Y diz que nunca fué bello
Aunque ostentara buen talle.

Una sobrina y un ama
Cuidaban de su menaje,
Y él, de la hacienda enfermiza
Que le legaron sus padres.

Tenía un flaco rocín,
y sutil como un alambre;
Galgo listo y corredor
Que diz que se bebe el aire,

Vestía su vellorí
Que cortó bien un mal sastre
Y usaba en días de fiesta
Un buen sayo de velarte.

Lentejas diz que comía
Los viernes, lunes o martes
Y el domingo un palomino
Para más refocilarse.

Los sábados no faltaban
Duelos y quebrantos (carne
De alguna res despeñada
O muerta) y en lo restante
De la semana, su olla
Dispuesta con mucho arte;
Un salpicón por la noche
U otro cualesquier fiambre.

* Tomado del Romance del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha por Maximino Carrillo de Albornoz.

Iba alguna vez de caza,
Y al volver del monte o valle,
En dulces ratos de ocio,
A la lectura entregábase.

Libros de caballería,
Que llenaban sus estantes,
Constituyeron al cabo
Sus delicias terrenales.

La historia de Belianís
De Grecia, Los Doce Pares,
El Palmerín de Inglaterra
Y otros libros semejantes,
Llenaron de tal manera
Su magín de disparates
Que, ya despierto o dormido,
Sólo acertó a ver gigantes.

Gustábale con extremo
Hallar en los libros tales
A más de mil maravillas
Mil conceptos rimbombantes.

Mientras que un héroe ponía
El sólo en fuga cobarde
A un ejército aguerrido,
Llevándose por los aires
En alígero caballo
A una princesa adorable,
Dábale gusto al hidalgo
Desleír la culta frase
Bien cuajada de retruécanos
Que hallaba en ciertos pasajes.

Sobre todo, le encantaban
Giros tan interesantes
Como aquel de: "la razón
De la sinrazón que facen
A mi razón, de tal guisa
Mi razón confusa trae
Que con razón decir puedo
Que ya non soy razonable
Cuando de esa fermosura
Doliente vengo a quejarme."

Tanta invención y grandeza
Hallaba en este lenguaje
Que llenando poco a poco
Fué de libros sus estantes.

Para adquirir obras nuevas
Vendió de su hacienda parte,
Y con sabios, brujos o héroes
Procuró identificarse.

Y tanto al fin consiguiólo
Que, sin dar noticia a nadie,
Quiso salir por el mundo,
Cual buen caballero andante,
Para enderezar entuertos,
Para castigar maldades,
Y ostentarse valeroso
En mil batallas campales.

QUIJOTISMO

Es cosa ya antiquísima y notoria
El decir que el país del quijotismo
Es España, altar del idealismo
Con todos sus defectos y su gloria.

Mas si abrimos el libro de la historia,
Podremos convencernos asimismo
Que si el soñar fantasmas, simbolismo
Fué del *Manchego* y fiel ejecutoria;

Si consiste en ser noble y en ser huero
La original visión del *Caballero;*
Si todos esos timbres y esos motes

Deben darse a rarísimos varones,
Hay Quijotes en todas las naciones,
Y habrá en la humanidad siempre Quijotes.

—*Felipe Janer Soler.*

DON QUIXOTE

Behind thy pasteboard, on thy battered hack,
Thy lean cheek striped with plaster to and fro,
Thy long spear leveled at the unseen foe,
And doubtful Sancho trudging at thy back,
Thou wert a figure strange enough, good lack!
To make wiseacredom, both high and low,
Rub purblind eyes, and (having watched thee go)
Dispatch its Dogberrys upon thy track:
Alas! poor Knight! Alas! poor soul possest!
Yet would to-day, when Courtesy grows chill,
And life's fine loyalties are turned to jest,
Some fire of thine might burn within us still!
Ah! would but one might lay his lance in rest,
And charge in earnest—were it but a mill.

—*Austin Dobson.*

EL QUIJOTE

Regalo de mi alma, entretenimiento de mi vida, rico joyel del habla castellana; hermosa y gentil producción de lo más floridó del ingenio del hombre, escrita durante largos años, cuando la fortuna maltrataba a su autor, y sin que por eso le abandonase ni un punto el arrobo mental que guiaba su pluma; el *Quijote,* la novela por excelencia, ocupa lugar tan preeminente en los cielos de la gloria literaria que si no existiese la *Biblia,* en la que se narran con pluma de oro la brillante historia de la Divinidad y las tremendas catástrofes de las naciones, sólo se verían junto a él, allá en lo más alto, rodeadas de esplendente luz y en competencia de honor la *Iliada,* la grande *Iliada,* de Homero, y la *Divina Comedia,* del Dante.

—*Clemente Cortejón.*

CERVANTES COMO DRAMATURGO

Cervantes tenía todas las cualidades necesarias para brillar en este género dramático, (el entremés) y sin vacilar podemos decir que no ha sido superado por ninguno de los que le sucedieron. Sabido es que estos cuadros burlescos de la vida ordinaria no tienen, por lo común, grandes pretensiones poéticas; pero cuando campea en ellos tanta gracia e ingenio como los de Cervantes, cuando abundan en ellos tantas sentencias y rasgos tan agudos como discretos, no se les puede negar altísimo mérito.

—*Adolf Friedrich von Schack.*

CERVANTES SMILED SPAIN'S CHIVALRY AWAY

Cervantes smiled Spain's Chivalry away;
A single laugh demolished the right arm
Of his own country: seldom since that day
Has Spain had heroes. While Romance could charm,
The world gave ground before her bright array;
And therefore have his volumes done such harm,
That all their glory, as a composition,
Was dearly purchased by his land's perdition.

—*Lord Byron.*

LA UNIVERSALIDAD DE EL QUIJOTE

¡Qué de maravilloso tiene que el mundo recibiese a *Don Quixote* con deleite! Nada hubo como él hasta entonces: nada ha habido después que haya llegado a eclipsarle. Da fin a una época y comienzo

a otra; entona la endecha de la novela medioeval, anuncia la llegada de nuevas generaciones y pertenece tanto a las pasadas como a las venideras.

En el punto en que ambas se separan está *Don Quixote,* cual dueño y señor en el género novelesco. El tiempo no ha logrado marchitar su frescura ni amenguar su atractivo, y la posteridad lo considera como una obra maestra en humorística fantasía, en observación profunda y en invención no superada. No pertenece a España con propiedad exclusiva, aunque nadie puede privarla de la gloria de haberlo producido. Cervantes, con Shakespeare y Homero, es ciudadano del Universo, hombre de todas las edades y de todos los países. *Don Quixote,* como *Hamlet* y como la *Iliada,* pertenece a la literatura universal, y ha llegado a ser en todas las naciones un eterno solaz para las inteligencias.

—*Fitzmaurice-Kelly.*

LA INMORTALIDAD DE CERVANTES

Cervantes será siempre Cervantes. El mundo ideal creado por su imaginación brillante y risueña le consolará de los amargos desabrimientos del mundo real en que vive; el genio de la gracia y del donaire le cubrirá con sus alas hasta en los últimos momentos, y dándole a beber el presentimiento delicioso de su inmortalidad, le hará más rico y feliz que jamás lo fueron sus ingratos y altaneros contemporáneos.

—*Manuel José Quintana.*

CERVANTES INVENTOR

Era Cervantes inventor. He aquí el pedestal de su inmensa celebridad. Era de instinto sobrehumano, y en esto estriba el secreto de de su sabiduría universal . . . Tenía la facultad de crear, y si seguimos la suerte de sus invenciones, si ponemos a la vista de todos, cuantos han sido los hombres célebres que han aprovechado sus ideas; si patentizamos que a la sombra de su gloria se han acogido multitud de aves, así de pobre grajos, como de elevadas y altaneras águilas, creemos haber traído el mejor complemento a nuestra demostración, y haber hecho más justicia al grande hombre que buscando razones para justificar que era docto, perito y versado en ciencias y en artes que ni por las mientes le pasó el estudiar.

—*D. José Ma. Asensio.*

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Todo maestro de instrucción en Puerto Rico debe haber leído detenidamente el inmortal libro de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha;* es más: toda persona que de instruída y culta se precie, y que esté de algún modo interesada en lo que concierne al carácter, creencias, costumbres, tradiciones, literatura y demás particularidades de los pueblos de origen español, debe no solamente haber leído esa obra una vez, dos, tres, sino haber desentrañado las bellezas, las enseñanzas, las altas lecciones de moral y de derecho que encierran las páginas de ese gran libro, único en su género y sólo comparable con el brillante y luminoso monumento literario que se llama *Biblia.*

Como prueba del gran fondo de doctrina y sapientísima moral que en sí atesoran los jugosos capítulos del *Quijote,* vamos a citar aquí un hecho presenciado por nosotros hace ya algún tiempo: Celebrábase en una de las cortes de Puerto Rico la vista pública de un caso criminal, en el que llevaba la defensa un notable y elocuente jurisconsulto español; el peso de la prueba era terrible sobre el acusado: todo parecía anunciar que el veredicto de culpabilidad caería sobre aquel reo; levántase entonces el letrado de la defensa; funda su argumentación en uno de los más típicos y originales pasajes del *Quijote,* que lee, aplicable de lleno al caso que la corte juzgaba y que el fiscal había presentado en su acusación con los caracteres más graves, y el presunto reo obtiene una sentencia absolutoria.

—*Felipe Janer Soler.*

SIEMPRE ACTUAL

Son los genios a manera de faros que, en el mar de la humanidad, señalan el rumbo a las naves del pensamiento. Según la firmeza de su base, así resisten al embate de las olas y a las injurias del tiempo; según su altura, así proyectan su luz a una mayor o menor extensión del espacio.

Trescientos años hace que murió Cervantes; y *El Quijote,* reproducido en mayor número de ediciones y traducido a más idiomas que ningún otro libro nacido de la humana inteligencia, no ha dejado de ser rigurosamente actual ni por un solo instante, durante el transcurso de esas tres centurias.

Parécese en esto *El Quijote,* obra humana, a la *Biblia,* libro divino. El oleaje de la humanidad, agitándose en incesante flujo y reflujo de encontradas ideas, hace que, constantemente también, la filosofía deseche unos por otros sistemas, que la política cambie sus principios, sus cánones el arte y la literatura sus gustos.

Cada una de esas inundaciones va sumiendo en el fondo del pasado y relegando al olvido libros que, en su día, se enseñorearon de todas

las mentes. Sólo quedan indemnes, inalterables, más avalorados cada vez, la Biblia, arca santa de las inspiraciones divinas y *El Quijote*, suprema expresión de la altura a que puede llegar el ingenio humano. Libros llenos de bellezas y de enseñanzas en cada una de cuyas páginas los arrobados místicos y los inspirados artistas y los laboriosos sabios encuentran a la continua nuevas iluminaciones, nuevos recónditos sentidos, revelaciones no sospechadas y siempre riquísimos tesoros de verdad.

La *Biblia* es inmutable, como prolación de la palabra eterna revelando la verdad absoluta. *El Quijote* no pasará porque el genio de su autor ha logrado plasmar en él lo que la vida humana tiene de consustancial, de esencial, de inmanente. Sus dos protagonistas son la expresión ideal de los dos elementos que forman el supuesto humano, el espíritu y la materia, lo ideal y lo positivo, la aspiración a la grandeza y la sujeción en la pequeñez. Y como en todos los tiempos y en todos los lugares, pues es condición irremediable de su naturaleza, el hombre tendrá sus pies fijos y aprisionados en la tierra mientras dirija su frente hacia el cielo, *El Quijote* es libro universal; y su autor, que ha sorprendido, sintetizado y encerrado en un libro la vida humana toda entera, será faro que proyecte indeficiente luz por el vasto campo de toda la humana historia.

—*Antonio Alvarez-Nava.*

CERVANTES

Impávido en los peligros, fuerte en las adversidades, modesto en sus triunfos, desprendido y generoso en sus intereses, amigo de favorecer, indulgente con los esfuerzos bien intencionados de la medianía, dotado de juicio recto y clarísimo, de imaginación sin ejemplo en se fecundidad. pasó por el mundo como peregrino cuya lengua no se comprende. Sus contemporáneos no le conocieron y le miraron con indiferencia; la posteridad le ha dado una compensación justa, pero tardía: porque ha conocido que hubo un hombre que se adelantó a su siglo, que adivinó el gusto y las tendencias de otra sociedad, y que haciéndose popular con sus gracias inagotables, anunció la aurora de una civilización que amaneció mucho después.

Los soberanos han honrado a porfía su memoria, los magnates amantes y protectores de las letras le han levantado monumentos, los sabios le han colmado de elogios, el pueblo venera su nombre con una especie de culto, las naciones extrañas nos le envidian, las artes todas han reproducido su efigie y las creaciones de su fantasía bajo mil formas, la imprenta multiplica sus escritos todos los años, y los difunde por todo el ámbito del mundo . . .

—*Carlos Aribau.*

¿SE PROPUSO CERVANTES EN EL QUIJOTE REIRSE DE SU NACION?

Cuando lo mejor del mundo era nuestro, cuando unido Portugal a España nuestro imperio se dilataba por el remoto Oriente y nuestro pabellón ondeaba sobre ciudades y fortalezas de la China y de la India, cuando nuestros soldados y nuestros misioneros llevaban la religión, el habla y la cultura de España por mares nunca antes navegados, y así entre naciones y tribus selváticas como por Italia y por Flandes y por otras regiones no menos cultas y adelantadas de Europa, cuando atajábamos el arranque invasor del turco y empujábamos hacia el norte la herejía luterana, no marchitos aún los laureles de San Quintín y Lepanto, y más engreídos por la gloria que recelosos de vencimiento y de caída, es gran disparate imaginar que se propusiese Cervantes en el *Quijote* reírse de su nación y de los sentimientos y doctrinas que la habían subido a tanta altura y que se propusiese reformarlo y cambiarlo todo. Su benignidad, su indulgencia, el cariño con que mira todo lo español haciendo simpáticos hasta los mismos galeotes, prueban lo muy lejos que estaba Cervantes de tratar mal a nuestros reyes, príncipes y gobernantes, contra los cuales no podían impulsarle ni remota envidia, ni emulación inverosímil desde la insignificante posición en que resignado y conforme él se veía. Y no digamos que esta resignación y esta conformidad hicieron abyectos a los españoles de entonces, incapaces para el adelanto y para las mejoras e indignos del imperio. No digamos, como dice Quintana, cediendo a flamantes preocupaciones y haciéndose eco de forasteras y liberalescas calumnias, que el despotismo fanático puso en el español corazón de esclavo, degradándole y despojándole así del imperio del mundo. En ningún personaje del *Quijote*, representación fiel de los hombres y de la vida de España en aquella edad, se advierte el menor rastro, el más leve signo de sumisión servil, de vileza o de mansedumbre extremada. Nótase, por el contrario, a par de la subordinación y el respeto a la autoridad fundada por Dios y por ministerio del pueblo a quien Dios inspira, el amor de la igualdad, el más soberbio espíritu democrático y la independencia más briosa, la cual raya a menudo en menosprecio, cuando no de la autoridad misma, de sus inferiores agentes o ministros. Don Quijote llama a los cuadrilleros "ladrones en cuadrilla," y no sólo desafía y provoca a la Santa Hermandad, sino a Cástor y Pólux, a los Macabeos y a todos los hermanos y hermandades que ha habido en el mundo. Sus fueros son sus bríos; sus pragmáticas su voluntad. Y no es sólo el caballero andante quien por serlo se considera campando por sus respetos, horro de toda servidumbre y sin miedo ni sujeción a nadie, sino que también la gente menuda y plebeya tiene los mismos humos y gasta los mismos arrestos y bizarrías. Juan Palomeque el zurdo desdeña, con mucho reposo, los ofrecimientos que le hace Don Quijote de vengar sus agravios: "yo no tengo necesidad," le dice, "de que vuestra merced me vengue ningún agravio; porque yo sé tomar la venganza que me parece." Y los pelaires de Segovia y las demás gente maleante y juguetona que mantearon a Sancho tienen también tan en poco como Juan Palomeque el poder vengador de Don

Quijote. No consintieron en que se atrancase la puerta de la venta para repararse contra él, ni lo hubieran consentido aunque en vez de Don Quijote hubieran venido a castigarlos todos los héroes de la Tabla Redonda y el propio Rey Arturo.

—*Juan Valera.*

BELLEZAS DE EL QUIJOTE

No basta para la perfección de una obra literaria que sea inspirada y poética y que haya interés, pasión y novedad en los episodios, si estas bellezas no están engarzadas en el oro puro de un estilo propio y excelente, y realzadas por una dicción clara, flexible, espontánea y magistral, que ponga en vistoso relieve todo el valor estético del conjunto.

En Cervantes concurrían maravillosamente todas estas cualidades, y a ello se debe el triunfo extraordinario del *Quijote*, su obra capital. A una fecundísima inventiva, ilustrada por el estudio áulico, por los viajes, por la observación de la naturaleza y el conocimiento práctico de la vida en todas sus esperas de acción, unía una imaginación activa y brillante, un talento literario sorprendente, un ingenio agudísimo, una admirable originalidad, una gracia exquisita en el decir y un gusto artístico superior a toda ponderación.

Su estilo es natural, sólido, elegante, ameno, vario y flexible en grado sumo; enérgico sin dureza, brillante sin relumbrones retóricos, elevado a veces, sin hinchazón, sencillo sin languidez, llano sin bajeza y chistoso sin innobles chocarrerías, y recorre con facilidad todos los tonos y alternativas del discurso.

Estas y otras preciosas cualidades que todas las inteligencais cultas reconocen en el estilo de Cervantes, hallaron su expresión digna y adecuada en el lenguaje del *Quijote*.

Alcanzaba ya en aquel tiempo la lengua castellana un alto grado de belleza y majestad. Ennoblecida desde la época de Alfonso el Sabio, fué adquiriendo flexibilidad, vigor y gallardía en los siglos subsiguientes, por obra de los cronistas, los trovadores y los autores místicos, los romanceros, los poetas líricos y dramáticos y los historiadores de los comienzos de siglo XVI. Habíanse publicado ya la *Celestina,* especie de novela dramática, *Amadís de Gaula*, libro de caballería andante, el *Lazarillo de Tormes,* novela de costumbres picarescas, y algunas más que colocaban el castellano entre los grandes idiomas cultos de Europa; pero la aparición del *Quijote* le dió belleza, majestad, harmonía, opulencia y perfección definitivas.

El lenguaje de Cervantes en todas sus novelas y principalmente en el *Quijote,* no sólo es puro, castizo, rico en giros graciosos y elegantes, en imágenes bellas y en nuevas y delicadas formas de expresión, sino que descubre y emplea con plausible oportunidad un venero asombroso de refranes, modismos y expresiones de la sabiduría popular, que dan firmeza, plasticidad y colorido admirables a la dicción.

Se le acusó por los puristas demasiado estrechos de juicio, de haber introducido algunas voces italianas en nuestro idioma, bien que naturalizándolas según las reglas de la filología; pero esto es más bien meritorio que censurable, cuando se realiza con discreción y oportunidad. Los idiomas son organismos vivientes y menesterosos de sana nutrición, más bien que instituciones de confinación dogmáticamente cerrados a cal y canto.

La cultura literaria y artística de aquella época nos venía de Italia, como la política nos vino de Francia algunos siglos después, y la filosófica de Alemania y de otros pueblos, y cada una de estas importaciones trajo su vocabulario especial, que se ha ido adoptando con precaución por las autoridades del léxico castellano, así como esas mismas naciones han tomado y tomarán gran número de voces del idioma glorioso de Cervantes. ¡Alabemos el buen juicio de este gran escritor, de haber conservado el lenguaje de sus obras exento de aquel obscuro y presuntuoso culteranismo, plaga de la literatura de su tiempo, de la cual no lograron sustraerse muchos de los más ilustres poetas y prosistas del siglo de oro de las letras castellanas!

Otro de los mayores encantos del *Quijote,* para el lector que conozca bien el genio del idioma castellano y el arte de su composición, consiste en la harmonía y cadencia especiales de su prosa, obtenidas por el autor sin esfuerzo y sin dificultad. Tiene la buena prosa estas bellezas para oídos sensibles y peritos en la lectura de los grandes maestros, sobre todo de aquéllos que se han ejercitado en la composición y medida del verso, y esta ventaja la tuvo Cervantes sobre muchos prosistas contemporáneos suyos.

Desde muy joven componía versos, y le acompaño y alentó en toda su vida la noble ambición de merecer el dictado de gran poeta. No lo consiguió completamente, porque el prosista que había en él era mucho más excelso que el poeta, y lo mejor en este caso fué realmente enemigo de lo bueno: la luz esplendorosa del *Quijote* eclipsó a la del *Viaje al Parnaso* y *La Numancia;* pero de su frecuente trato con las musas obtuvo Cervantes aquella gracia especial de dar a su dicción un atractivo prosódico insuperable.

De este encanto casi esotérico no disfrutan enteramente los lectores extranjeros del *Quijote,* por la dificultad casi insuperable de conservar en un idioma extraño este sutil y peculiar artificio; pero tienen tal deleite la fábula y los episodios de esta obra admirable, que se ha hecho universal y se lee con avidez aún en las medianas traducciones, donde no se conservan muchas de las bellezas de estilo y de locución inherentes a la forma original.

Con razón ha dicho Federico Schlegel, gran literato, crítico y orientalista alemán, que "entre todas las obras del espíritu es el *Quijote* la más rica de invención y de ingenio."

—*Manuel Fernández Juncos.*

PART TWO:

SHAKESPEARE

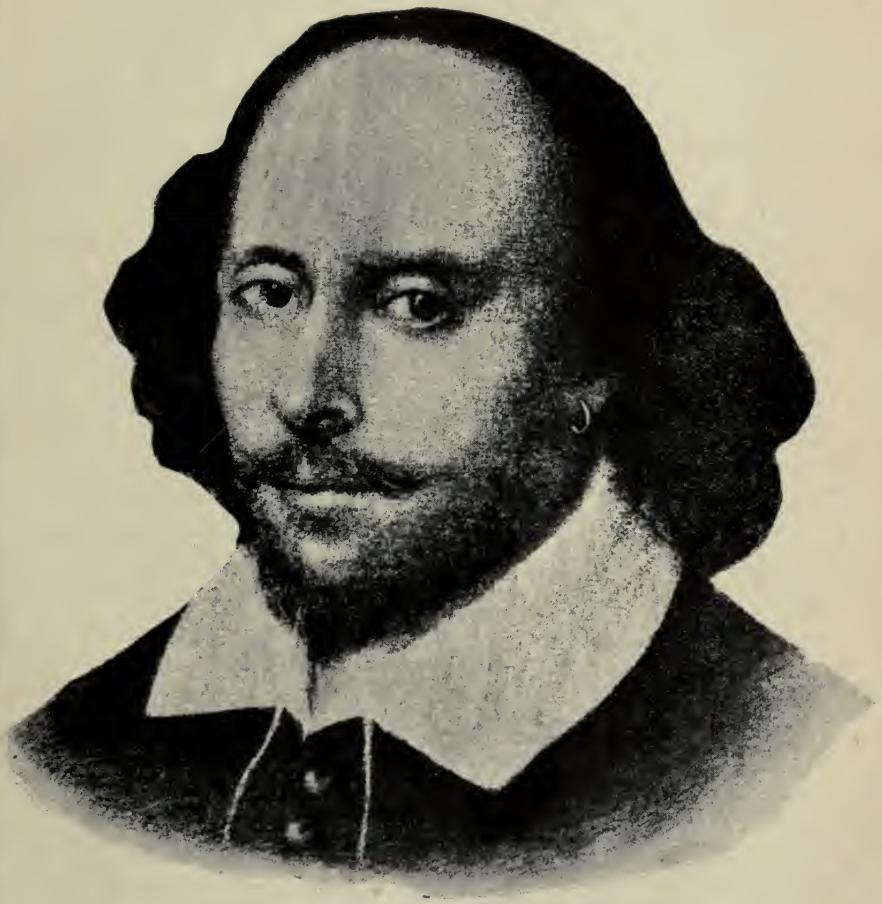
Others abide our question. Thou art free.
We ask and ask. Thou smilest and art still,
Out-topping knowledge. For the loftiest hill,
Who to the stars uncrowns his majesty,
Planting his steadfast footsteps in the sea,
Making the heaven of heavens his dwelling-place,
Spares but the cloudy border of his base
To the foiled searching of mortality;
Self-schooled, self-scanned, self-honored, self-secure
Didst tread on earth unguessed at. Better so!
All pains the immortal spirit must endure,
All weakness which impairs, all griefs which bow,
Find their sole speech in that victorious brow.

—*Matthew Arnold.*

I. BIOGRAPHY

"We are such stuff
As dreams are made on; and our little life
I rounded with a sleep."

—*The Tempest, Act IV, Sc. 1.*



WILLIAM SHAKESPEARE

SHAKESPEARE

BIOGRAPHY

Steevens, the Shakespeare commentator, is the author of the famous epigram: "All that we know of Shakespeare is that he was born at Stratford-on-Avon; married and had children there; went to London, where he commenced actor; wrote plays and poems; returned to Stratford, made his will, and died."

It is unquestionably true that we do not know as much about Shakespeare as we would like to know. We know far more about some of his less famous contemporaries. The same is true, to a large extent, of Cervantes. They did tread on earth unguessed at. In spite of prodigious researches, we know little of their "look and gesture in the world." However it may be, Steevens exaggerated; or, at any rate, his epigram does not have the same force today. What Emerson* meant, on the other hand, was that it was idle to attempt to explain the genius of Shakespeare in the light of the external records of his life, especially since he left such a wealth of material for the interpretation of his inner life.

William Shakespeare was born in Stratford-on-Avon in April 1564. The exact date of his birth is not known. He was baptized in the parish church on the 26th of April. From this and the inscription on his monument, which shows that at the time of his death—April 23, 1616—he had already begun his fifty-third year, it is inferred that his birth occurred not later than April 23. He was about seventeen years younger than Cervantes. His father, John Shakespeare, was by trade a glover, although he occasionally dealt in agricultural produce. It is probable that he combined a certain amount of farming with his trade. At the time of William's birth, his father was a burgess of Stratford. Previous to this event, he had discharged several minor municipal offices. After his marriage, John Shakespeare became still more prominent in the life of Stratford, and, eventually, was chosen to fill the highest local office. The poet's mother was Mary Garden who was connected with some of the best families of Warwickshire.

The most diligent research has failed to establish tangible data regarding the youth of Shakespeare. Chambers says:

---

* Shakespeare is the only biographer of Shakespeare, and even he can tell nothing except to the Shakespeare in us.—*Emerson.*

"One may think of Shakespeare in his boyhood as the son of one of the leading citizens of a not unimportant provincial market-town, with a vigorous life of its own, which in spite of the dunghills, was probably not much unlike the life of a similar town to-day, and with constant reminders of its past in the shape of the stately buildings formerly belonging to its college and its gild, both of which had been suppressed at the Reformation. Stratford stands on the Avon, in the midst of an agricultural country, throughout which in those days enclosed orchards and meadows alternated with open fields for tillage, and not far from the wilder and wooded district known as the Forest of Arden. The Middle Ages had left it an heritage in the shape of a free grammar-school, and here it is natural to suppose that William Shakespeare obtained a sound enough education. . . ."

When Shakespeare was about thirteen, the family fortunes began to decline. His father became involved in debt and litigation, mortgaged part of the estate and lost considerably in ruinous deals. He paid his taxes irregularly and neglected to attend the meetings of the corporation. As a result of this, he was removed from the list of aldermen in 1586. It is not probable that William Shakespeare was kept in school after the family met financial disaster, and the conjecture that he was apprenticed to some local trade seems reasonable.

At the age of eighteen Shakespeare married Anne Hathaway, a woman eight years his senior. Three children were born of this marriage: Susanna, Hamnet and Judith, the last two, twins.

In or about 1584 Shakespeare's life in Stratford came to an abrupt end. Tradition has it that he was caught poaching on the estates of Sir Thomas Lucy, a local *cacique* of considerable power and influence and had to flee the country to escape the vengeance of the magnate. Shakespeare abandoned home and family and disappeared. This is the darkest period of his life in the sense that nothing definite is known about him until he emerges in London as a successful actor and playwright. It is possible that he left Stratford quietly with one of the traveling companies of actors which used to visit this town from time to time. We can only conjecture where he went and what he did to fill the time between 1584 and 1592. Some have imagined him working as a scrivener, others as a dyer, still others as a soldier, or a printer, or even as a rural teacher. His works reveal such a mastery of the details of various trades and occupations that it seems natural to infer that he had acquired first-hand information by working at them. Whatever he may have done in the intervening time, he eventually drifted to London and plunged into the bohemian life that flourished around the London stage. An old tradition

records that he began in the humble capacity of groom, that is, a holder of horses at the stage-door. Possibly so, but he did not remain a groom very long. He worked up rapidly until he became an actor and a playwright.

By the summer of 1592 Shakespeare had become famous enough to arouse the jealousy of at least one of his competitors. Up to that time the stage had been monopolized by the scholarly dramatists, gentlemen of birth and education, well grounded in classical lore and inclined to look down on the play-actors who pretended to invade the territory of the play-makers. One of these gentlemanly playwrights was Robert Green who, on his death-bed, wrote a tract in which he attacked the play-actors and referred to "an upstart Crow, beautified with our feathers, that with his *Tyger's heart wrapt in a Player's hide*, supposes he is as well able to bumbast out a blanke verse as the best of you: and being an absolute *Johannes fac totum*, is in his own conceit the only Shake-scene in the countrie." The allusion is unquestionably to Shakespeare, and it shows that the latter had begun to win favor with the London audiences.

From June, 1592, to April, 1594, the London theatres were closed except for a brief period at Christmas, and the companies of actors were either disbanded or driven to the provinces. This may account for Shakespeare's attempt to win fame in the field of non-dramatic poetry. *Venus and Adonis, Lucrece,* and, possibly, the earliest of his sonnets belong to this period. The first of these poems was published in April 1593 and the second in May 1594. Both were dedicated to the Earl of Southampton.

After the reopening of the theatres in the summer of 1594, Shakespeare became connected with the Chamberlain company, and it is probable that he remained with them to the end of his career. This company had the protection of the court and played almost continuously in London. There is a tradition to the effect that he played the part of Adam in *As you Like It* and of the Ghost in *Hamlet,* which would indicate that, whatever else he might have been, he was not one of the "stars" of the company. His principal work, however, was the writing of plays. He wrote, on an average, two a year, and, besides, did considerable work retouching other authors' plays and in collaboration. Thus, Shakespeare had two sources of income: his salary as an actor and "royalties" for his own plays. After 1598, the company played in the Globe Theatre and later at the Black Friars. Eventually Shakespeare secured shares in the ownership of these houses and added another source to his income.

Not the least remarkable thing about William Shakespeare is that with all his genius and poetic fancy, with all the flights "that so did take Eliza and our James," he was eminently practical, a hard-headed business man. The usual thing for the man of genius is to allow his hair to grow long and his income short. Not so with Shakespeare. He plunged into the bohemianism of London stage life and, it is to be supposed, drank, jested and made merry with the best of them. He was popular so he must have adapted himself to his environment. No "prig" could have evoked from such a good fellow as Ben Jonson the unstinted praise that the latter dedicated to the memory of Shakespeare. And yet, this bohemian whirl that killed Green and the mighty Marlowe scarcely affected Shakespeare. His life, from his arrival in London to the end, was notable for extraordinary literary industry. He wrote at least 37 plays, besides the sonnets and other non-dramatic poetry. Compared with the production of Lope de Vega, "el monstruo de los ingenios," this is mere child's play. Nevertheless, Shakespeare is one of the most voluminous of the great English poets. Moreover, his fling at the particular mode of life which characterized the actors and play-makers of his day did not spoil in him the aspiration of the ordinary son of John Bull to end his life in ease and respectability. He saved money and invested it wisely. Throughout his career he showed a bend for acquisitiveness and a prudence in financial matters seldom or never found in literary genius. As early as 1596 we find him making application through his father for a coat of arms to raise the status of his family. His father incurs fresh debts and he helps him out. The following year, he buys the house and gardens of New Place in Chapel Street in his native town of Stratford for 60 pounds. The ex-poacher wants to go back and be somebody in his home town. In later years he continues to invest in lands and houses with the evident intention of founding a family. It has been estimated that his total investments amounted to some 960 pounds, which would have at present a purchasing power of about $7,000.

About 1610, Shakespeare retired to his house at New Place. There is no evidence to show that he had taken his family to London at any time, although the presumption is that he paid frequent visits to Stratford. Once back in his native town, Shakespeare lived the life of a retired English gentleman, in ease and respectability, taking more than a passing interest in local affairs. He did not break with London life entirely. It is said that Ben Jonson and some of his other London friends would come out to Stratford occasionally and have famous intellectual and drinking bouts. Evil tongues even

insinuate that the great genius died from the results of a set-to with the convivial Ben. It is more likely, however, that Shakespeare died from a fever caught from the dunghills which characterized the Stratford of his day. That was the presanitation age. John Shakespeare, the poet's father, was fined once for keeping an intolerably large dunghill in front of his house. It is more than probable, however, that Shakespeare did not devote all his time to his property and local affairs, but that he wrote his last plays during this period.

On the 25th of March, 1616, Shakespeare made his will, apparently in some haste. He left small legacies to his daughter Judith and to his sister Joan, as well as remembrances to various Stratford and London friends. The real estate was left under a strict entail to his eldest daughter Susanna who had married a certain Dr. Hall and given the poet a grand-daughter. Here we see again Shakespeare's plan to found a family and make adequate provision for it. It is odd that no provision was made for the wife in the will save the bequest of the "second best bed with the furniture." Let us hope that Anne Shakespeare was taken care of in some other manner.

On the 23rd of April, about one month after making his will, Shakespeare died and was buried in the chancel of the parish church. The grave was covered with a stone, but in the course of time a more elaborate monument and a bust were set up on the chancel wall. Seven years later his wife followed him. His own father and mother had preceded him, the former in 1601 and the latter in 1608. The family for which the poet had worked and saved was never founded. His only son Hamnet had died in 1596; his lineal descendants became extinct in 1670. The house at New Place was pulled down in 1759 and the site now forms a public playground. Near this site a memorial building has been erected with a theatre in which performances of his plays are given annually.

Galdós, the great Spanish novelist, describes the Shakespeare monument thus:

Al penetrar en el santuario, todas las miradas buscan el monumento del altísimo poeta en la pared norte del presbiterio, en el lado del Evangelio. Es propiamente un retablo, y quien no supiera qué imagen es aquélla, lo tomaría por efigie de un santo allí colocado para que le adoraran los fieles.

Consta de un sencillo cuerpo arquitectónico, greco-romano; dos columnas sostienen un cornisamento con guardapolvo, que ostenta en el copete las armas de Shakespeare; en el centro el busto, imagen de medio cuerpo y de tamaño natural. A primera vista se tomaría el monumento por una ventana, en la cual estuviera asomada la figura, viéndosela de la cintura arriba. Los brazos caen con naturalidad sobre un cojín. La mano derecha tiene una pluma, y la izquierda se apoya abierta sobre un papel. El color aplicado a la tallada piedra da a la

escultura una viva impresión del natural. La cara es grave, la mirada algo atónita, la expresión noble, la frente majestuosa, el traje sencillo y elegente, ropilla de paño negro y valona sin pliegues.

Imposible apartar los ojos de aquella imagen, en que por un efecto de fascinación, propio del lugar, creemos ver vivo al dramático insigne, y con la palabra en los labios.

En el plinto se lee la siguiente inscripción, que por tratarse de quien se trata no resulta todo lo enfática que en otro lugar parecería:

Judicio Pylium, genio Socratem, arte Maronem,*
Terra tegit, Populus maeret, Olympus habet.

Debajo de la inscripción latina hay seis versos ingleses, que literalmente traducidos dicen:

Detente, pasajero, ¿por qué vas tan aprisa?
Lee, si puedes, quién es aquél, colocado por la envidiosa muerte
Dentro de este monumento: Shakespeare, con quien
La vívida Naturaleza murió; cuyo nombre adorna esta tumba,
Mucho más que el mármol, pues cuando él escribió
Supo convertir el arte en mero paje, servidor de su ingenio.

Obiit anno 1616
Aetatis 53, die 23 Ap.

—*José Padín.*

* Should be Sophoclem.

"Not marble, nor the gilded monuments
Of princes, shall outlive this powerful rhyme;
But you shall shine more bright in these contents
Than unswept stone besmear'd with sluttish time.
When wasteful war shall statues overturn,
And broils root out the work of masonry,
Nor Mars his sword nor war's quick fire shall burn
The living record of your memory.
'Gainst death and all-oblivious enmity
Shall you pace forth; your praise shall still find room
Even in the eyes of all posterity
That wear this world out to ending doom."

—*Sonnet 55.*

WORKS

A. THE DRAMAS

A collection of Shakespeare's dramatic works was printed in 1623 by John Heminge and Henry Condell, two of his fellow-actors. This volume is known as the First Folio. Three more folios were issued in 1632, 1663 and 1685, respectively, and are known as the Second, Third and Fourth Folios. With the exception of *Pericles*, the First Folio includes the 37 plays now generally ascribed to Shakespeare. Eighteen of the plays were printed for the first time in the First Folio; the other eighteen had appeared already in one or more editions known as the Quartos. The Quartos differ widely in character. Some are practically identical with the text of the First Folio; others, however, show considerable variations, which would indicate either thorough-going revision, shortening, or adaptations to the demands of the stage; and still others unmistakably point to piratical versions of the original plays as staged, prepared by competing booksellers from incomplete shorthand notes taken during some performance. These Quartos have aided modern Shakespeare scholars to correct the text of the plays and to propound plausible hypotheses for the dates of their production. The First Folio does not give the date of the writing or production of the plays. Consequently, since Malone wrote his essay in 1778 on *An Attempt to Ascertain the Order in which the Plays of Shakespeare were Written*, one of the great problems of Shakespearean scholarship has been to fix the chronology of the poet's works. In addition to the aforementioned Quartos, the data used to determine this chronology include the entries in the Stationers' *Register* which refer to the Quartos, Francis Mere's reference to Shakespeare's works, found in the *Palladis Tamia*, published in 1598, and internal evidence.

The following table of the chronology of the plays is taken from the article written on Shakespeare for the eleventh edition of the Encyclopedia Britannica by Edmund Kerchever Chambers, the well-known Shakespearean scholar. Much of the material given in the biography of the poet was taken from the same source.

Chronology of the Plays

1591.	1592.
The Contention of York and Lancaster (2, 3 *Henry VI*).	1 *Henry VI.*

1593.
Richard III.
Edward III (part only).
The Comedy of Errors.

1594.
Titus Andronicus.
Taming of the Shrew.
Love's Labour's Lost.

1595.
A Midsummer Night's Dream.
The Two Gentlemen of Verona.
King John.

1596.
Richard II.
The Merchant of Venice.

1597.
1 *Henry IV.*

1598.
2 *Henry IV.*
Much Ado About Nothing.

1599.
Henry V.
Julius Caesar.

1600.
The Merry Wives of Windsor
As You Like It.

1601.
Hamlet.
Twelfth Night.

1602.
Troilus and Cressida.
All's Well that Ends Well.

1603.
None.

1604.
Measure for Measure.
Othello.

1605.
Macbeth.
King Lear.

1606.
Anthony and Cleopatra.
Coriolanus.

1607.
Timon of Athens (unfinished).

1608.
Pericles (part only).

1609.
Cymbeline.

1610.
The Winter's Tale.

1611.
The Tempest.

1612.
. . .

1613.
The Two Noble Kinsmen (part only).
Henry VIII (part only).

B. The Poems.

1. *Venus and Adonis,* a narrative poem, entered in the Stationers' *Register* on April 18, 1593.

2. *Rape of Lucrece,* a narrative poem, entered in the Stationers' *Register* on May 9, 1594.

3. *The Passionate Pilgrim,* a collection of verses published in 1599. Only two of the pieces are Shakespeare's.

4. *The Phoenix and the Turtle,* an elegy, published in 1601 in a volume of verses entitled *Love's Martyrs,* or *Rosalin's Complaints.*

C. The Sonnets.

Shakespeare wrote in all 154 sonnets, which were published in 1609. None of the poet's works have given rise to so much controversy as these pieces. The reason is obvious. Shakespeare wrote so little besides his dramatic poetry, and this is so neutral, so nonpersonal, that critics and admirers have felt the need of finding in the sonnets the key to his baffling personality. The two contending views regarding the character of the sonnets are the one which claims that they are in the main autobiographical, which is the older of the two, and the more recent one which would see in them conventional exercises, mere *tours de force* in the Petrarchan style. Sir Sidney Lee, the Shakespearean biographer, is perhaps the most notable upholder of this view. The sonnets fall into two large series, the shorter one addressed to a mysterious, dark woman with raven brows and mourning eyes, probably a mistress of the poet, and the longer one to a powerful friend, most likely his protector. It is claimed that these sonnets contain a fabulous wealth of thought and personal feeling which reveal the inmost essence of Shakespeare.

—*José Padín.*

III. QUOTATIONS

"By necessity, by proclivity, and by delight, we all quote."

—*Emerson.*

MARK ANTONY'S SPEECH ON THE DEATH OF CAESAR

Friends, Romans, countrymen, lend me your ears:
I come to bury Caesar, not to praise him.
The evil that men do lives after them;
The good is oft interred with their bones.
So let it be with Caesar. The noble Brutus
Hath told you Caesar was ambitious:
If it were so, it was a grievous fault,
And grievously hath Caesar answer'd it.
Here, under leave of Brutus and the rest,—
For Brutus is an honorable man;
So are they all, all honorable men,—
Come I to speak in Caesar's funeral.
He was my friend, faithful and just to me:
But Brutus says he was ambitious;
And Brutus is an honorable man.
He hath brought many captives home to Rome,
Whose ransoms did the general coffers fill:
Did this in Caesar seem ambitious?
When that the poor have cried, Caesar hath wept:
Ambition should be made of sterner stuff.
Yet Brutus says he was ambitious;
And Brutus is an honorable man.
You all did see that on the Lupercal
I thrice presented him a kingly crown,
Which he did thrice refuse: was this ambition?
Yet Brutus says he was ambitious;
And, sure, he is an honorable man.
I speak not to disprove what Brutus spoke,
But here I am to speak what I do know.
You all did love him once, not without cause:
What cause withholds you, then, to mourn for him?
O judgment! thou art fled to brutish beasts,
And men have lost their reason. Bear with me;
My heart is in the coffin there with Caesar,
And I must pause till it come back to me. . . .

But yesterday the word of Caesar might
Have stood against the world; now lies he there,
And none so poor to do him reverence.
O masters! if I were dispos'd to stir
Your hearts and minds to mutiny and rage,
I should do Brutus wrong, and Cassius wrong,
Who, you all know, are honorable men.
I will not do them wrong; I rather choose
To wrong the dead, to wrong myself and you,
Than I will wrong such honorable men.

But here's a parchment with the seal of Caesar;
I found it in his closet, 't is his will:
Let but the commons hear this testament,—
Which, pardon me, I do not mean to read,—
And they would go and kiss dead Caesar's wounds
And dip their napkins in his sacred blood;
Yea, beg a hair of him for memory,
And, dying, mention it within their wills,
Bequeathing it as a rich legacy
Unto their issue. . . .

If you have tears, prepare to shed them now.
You all do know this mantle: I remember
The first time ever Caesar put it on;
'Twas on a summer's evening, in his tent,
The day he overcame the Nervii.
Look, in this place ran Cassius' dagger through!
See what a rent the envious Casca made:
Through this the well-beloved Brutus stabb'd;
And as he pluck'd his cursed steel away,
Mark how the blood of Caesar follow'd it,
As rushing out of doors, to be resolv'd
If Brutus so unkindly knock'd, or no;
For Brutus, as you know, was Caesar's angel.
Judge, O you gods, how dearly Caesar lov'd him!
This was the most unkindest cut of all;
For when the noble Caesar saw him stab,
Ingratitude, more strong than traitors' arms,
Quite vanquish'd him: then burst his mighty heart;
And, in his mantle muffling up his face,
Even at the base of Pompey's statue,
Which all the while ran blood, great Caesar fell.
O, what a fall was there, my countrymen!
Then I, and you and all of us fell down,
Whilst bloody treason flourish'd over us!
Oh, now you weep! and, I perceive, you feel
The dint of pity: these are gracious drops,
Kind souls, what! weep you when you but behold
Our Caesar's vesture wounded? Look you here,
Here is himself, marr'd, as you see, with traitors.

—*Julius Caesar, Act III, Sc. 2.*

OTHELLO'S SPEECH TO THE SENATE

Most potent, grave, and reverend signiors,
My very noble and approved good masters,—
That I have ta'en away this old man's daughter,
It is most true; true, I have married her;
The very head and front of my offending

Hath this extent, no more. Rude am I in speech,
And little blessed with the set phrase of peace;
For since these arms of mine had seven years' pith,
Till now some nine moons wasted, they have used
Their dearest action in the tented field;
And little of this great world can I speak,
More than pertains to feats of broil and battle;
And therefore little shall I grace my cause
In speaking for myself. Yet, by your gracious patience,
I will a round unvarnished tale deliver
Of my whole course of love; what drugs, what charms,
What conjuration, and what mighty magic
(For such proceeding I am charged withal),
I won his daughter with . . .
Her father loved me; oft invited me;
Still questioned me the story of my life
From year to year; the battles, sieges, fortunes
That I have passed.
I ran it through, even from my boyish days
To the very moment that he bade me tell it.
Wherein I spake of most disastrous chances,
Of moving accidents by flood and field,
Of hairbreadth 'scapes i' the imminent deadly breach;
Of being taken by the insolent foe,
And sold to slavery; of my redemption thence,
And portance in my travel's history;
Wherein of antres vast, and deserts idle,
Rough quarries, rocks, and hills whose heads touch heaven,
It was my hint to speak;—such was the process;—
And of the cannibals that each other eat—
The anthropophagi, and men whose heads
Do grow beneath their shoulders. This to hear,
Would Desdemona seriously incline:
But still the house affairs would draw her thence;
Which ever as she could with haste despatch,
She'd come again, and with a greedy ear
Devour up my discourse: which I observing,
Took once a pliant hour, and found good means
To draw from her a prayer of earnest heart,
That I would all my pilgrimage dilate,
Whereof by parcels she had something heard,
But not intentively. I did consent;
And often did beguile her of her tears,
When I did speak of some distressful stroke
That my youth suffered. My story being done,
She gave me for my pains a world of sighs:
She swore—In faith, 't was strange, 't was passing strange;
'T was pitiful, 't was wondrous pitiful:
She wished she had not heard it; yet she wished
That Heaven had made her such a man: she thanked me;

And bade me, if I had a friend that loved her,
I should but teach him how to tell my story,
And that would woo her. Upon this hint, I spake:
She loved me for the dangers I had passed;
And I loved her, that she did pity them.
This only is the witchcraft I have used.

—*Othello, Act I, Sc. 3.*

THE WINNING OF JULIET

JULIET. Thou know'st the mask of night is on my face:
Else would a maiden blush bepaint my cheek
For that which thou hast heard me speak to-night.
Fain would I dwell on form; fain, fain deny
What I have spoke: but farewell compliment!
Dost thou love me? I know thou wilt say, Ay:
And I will take thy word; yet, if thou swear'st,
Thou mayst prove false; at lovers' perjuries,
They say, Jove laughs. O gentle Romeo
If thou dost love, pronounce it faithfully:
Or if thou think'st I am too quickly won,
I'll frown and be perverse, and say thee nay,
So thou wilt woo; but else, not for the world.
In truth, fair Montague, I am too fond;
And therefore thou mayst think my 'havior light.
But trust me, gentleman, I'll prove more true
Than those that have more cunning to be strange.
I should have been more strange, I must confess,
But that thou overheard'st, ere I was 'ware,
My true love's passion: therefore pardon me;
And not impute this yielding to light love,
Which the dark night hath so discovered.

ROMEO. Lady, by yonder blessed moon I swear,
That tips with silver all these fruit tree tops—

JULIET. O, swear not by the moon, the inconstant moon,
That monthly changes in her circled orb,
Lest that thy love prove likewise variable.

ROMEO. What shall I swear by?

JULIET. Do not swear at all,
Or, if thou wilt, swear by thy gracious self,
Which is the god of my idolatry,
And I'll believe thee.

ROMEO. If my heart's dear love—

JULIET. Well, do not swear: although I joy in thee,
I have no joy of this contract to-night;
It is too rash, too unadvised, too sudden:
Too like the lightning, which doth cease to be
Ere one can say, It lightens. Sweet, good-night!

This bud of love, by summer's ripening breath,
May prove a beauteous flower when next we meet.
Good-night, good-night! as sweet repose and rest
Come to thy heart, as that within my breast!

ROMEO. O, wilt thou leave me so unsatisfied?

JULIET. What satisfaction canst thou have to-night?

ROMEO. The exchange of thy love's faithful vow for mine.

JULIET. I gave thee mine before thou didst request it.
And yet I would it were to give again.

ROMEO. Wouldst thou withdraw it? for what purpose, love?

JULIET. But to be frank and give it thee again.
And yet I wish but for the thing I have:
My bounty is as boundless as the sea,
My love as deep; the more I give to thee,
The more I have, for both are infinite.

—Romeo and Juliet, Act II, Sc. 2.

HAMLET'S SOLILOQUY

To be, or not to be,—that is the question:—
Whether 't is nobler in the mind to suffer
The slings and arrows of outrageous fortune;
Or to take arms against a sea of troubles,
And, by opposing, end them?—To die,—to sleep,—
No more;—and, by a sleep, to say we end
The heartache and the thousand natural shocks
That flesh is heir to,—'t is a consummation
Devoutly to be wished. To die;—to sleep;—
To sleep! perchance to dream;—ay, there's the rub:
For in that sleep of death what dreams may come,
When we have shuffled off this mortal coil,
Must give us pause; there's the respect
That makes calamity of so long life:
For who would bear the whips and scorns of time,
The oppressor's wrong, the proud man's contumely,
The pangs of despised love, the law's delay,
The insolence of office, and the spurns
That patient merit of the unworthy takes,
When he himself might his quietus make
With a bare bodkin? Who would fardels bear,
To grunt and sweat under a weary life,
But that the dread of something after death—
The undiscovered country, from whose bourn
No traveler returns—puzzles the will,
And makes us rather bear those ills we have
Than fly to others that we know not of?
Thus conscience does make cowards of us all,
And thus the native hue of resolution

Is sicklied o'er with the pale cast of thought,
And enterprises of great pith and moment,
With this regard, their currents turn awry,
And lose the name of action.

—*Hamlet, Act III, Sc. 1.*

ENGLAND

This royal throne of kings, this sceptered isle,
This earth of majesty, this seat of Mars,
This other Eden, demi-paradise;
This fortress, built by Nature for herself,
Against infection and the hand of war;
This happy breed of men, this little world;
This precious stone set in the silver sea,
Which serves it in the office of a wall,
Or as a moat defensive to a house,
Against the envy of less happier lands,
This blessed plot, this earth, this realm, this England.

—*King Richard II, Act I, Sc. 1.*

POLONIUS'S ADVICE TO HIS SON

Give thy thoughts no tongue,
Nor any unproportioned thought his act.
Be thou familiar, but by no means vulgar.
The friends thou hast, and their adoption tried,
Grapple them to thy soul with hooks of steel;
But do not dull thy palm with entertainment
Of each new-hatched, unfledged comrade. Beware
Of entrance to a quarrel; but, being in,
Bear it, that the opposer may beware of thee.
Give every man thine ear, but few thy voice;
Take each man's censure, but reserve thy judgment.
Costly thy habit as thy purse can buy,
But not expressed in fancy; rich, not gaudy,
For the apparel oft proclaims the man;
And they in France, of the best rank and station,
Are most select and generous, chief in that.
Neither a borrower nor a lender be:
For loan oft loses both itself and friend,
And borrowing dulls the edge of husbandry.
This above all,—to thine own self be true;
And it must follow, as the night the day,
Thou canst not then be false to any man.
Farewell; my blessing season this in thee.

—*Hamlet, Act I, Sc. 3.*

THE MIND

For 't is the mind that makes the body rich:
And as the sun breaks through the darkest clouds,
So honor peereth in the meanest habit.
What! is the jay more precious than the lark,
Because his feathers are more beautiful?
Or is the adder better than the eel,
Because his painted skin contents the eyes?
O no, good Kate: neither art thou the worse
For this poor furniture and mean array.

—*Taming of the Shrew, Act IV, Sc. 3.*

PERFECTION

To guild refined gold, to paint the lily,
To throw a perfume on the violet,
To smooth the ice, or add another hue
Unto the rainbow, or with taper-light
To seek the beauteous eye of heaven to garnish,
Is wasteful and ridiculous excess.

—*King John, Act IV, Sc. 2.*

THE SEVEN AGES OF MAN

All the world's a stage,
And all the men and women merely players:
They have their exits and their entrances;
And one man in his time plays many parts,
His act being seven ages. At first, the Infant,
Mewling and puking in the nurse's arms.
An then, the whining Schoolboy, with his satchel,
And shining morning face, creeping like snail
Unwillingly to school. And then, the Lover,
Sighing like furnace, with a woful ballad
Made to his mistress' eyebrow. Then a Soldier,
Full of strange oaths, and bearded like the pard,
Jealous in honor, sudden and quick in quarrel,
Seeking the bubble reputation
Even in the cannon's mouth. And then, the Justice,
In fair round belly with good capon lined,

With eyes severe, and beard of formal cut,
Full of wise saws and modern instances;
And so he plays his part. The sixth age shifts
Into the lean and slippered Pantaloon,
With spectacles on nose, and pouch on side;
His youthful hose, well saved, a world too wide
For his shrunk shank; and his big manly voice,
Turning again toward childish treble, pipes
And whistles in his sound. Last scene of all,
That ends this strange eventful history,
Is second childishness and mere oblivion,
Sans teeth, sans eyes, sans taste, sans everything.

—*As You Like It, Act II, Sc. 7.*

WOLSEY ON THE VICISSITUDES OF LIFE *

Farewell, a long farewell, to all my greatness.
This is the state of man; to-day he puts forth
The tender leaves of hope, to-morrow blossoms
And bears his blushing honors thick upon him;
The third day comes a frost, a killing frost;
And, when he thinks, good easy man, full surely
His greatness is a ripening,—nips his root,
And then he falls, as I do. I have ventured,
Like little wanton boys that swim on bladders,
This many summers in a sea of glory;
But far beyond my depth; my high-blown pride
At length broke under me; and now has left me
Weary, and old with service, to the mercy
Of a rude stream, that must forever hide me.
Vain pomp and glory of this world, I hate ye;
I feel my heart new opened: O, how wretched
Is that poor man that hangs on princes' favors!
There is, betwixt that smile we would aspire to,
That sweet aspect of princes, and their ruin,
More pangs and fears, than wars or women have:
And when he falls, he falls like Lucifer.
Never to hope again.

—*King Henry VIII, Act III, Sc. 2.*

---

* This may have been written by Fletcher.

MERCY

The quality of Mercy is not strained;
It droppeth, as the gentle rain from heaven,
Upon the place beneath. It is twice blessed;
It blesseth him that gives and him that takes.
'T is mightiest in the mightiest; it becomes
The throned monarch better than his crown.
His scepter shows the force of temporal power,
The attribute to awe and majesty,
Wherein doth sit the dread and fear of kings;
But Mercy is above this sceptered sway,—
It is enthroned in the hearts of kings,
It is an attribute to God himself;
And earthly power doth then show likest God's
When mercy seasons justice. Therefore, Jew,
Though justice be thy plea, consider this,—
That, in the course of justice, none of us
Should see salvation. We do pray for mercy;
And that same prayer doth teach us all to render
The deeds of mercy.

—*The Merchant of Venice, Act IV, Sc. 1.*

O, it is excellent
To have a giant's strength; but it is tyrannous
To use it like a giant.

—*Measure for Measure, Act II, Sc. 2.*

Every one can master a grief but he that has it.

—*Much Ado About Nothing, Act III, Sc. 2.*

The devil can cite Scripture for his purpose.

—*The Merchant of Venice, Act I, Sc. 3.*

How sweet the moonlight sleeps upon this bank!
Here we will sit and let the sounds of music
Creep in our ears: soft stillness and the night
Become the touches of sweet harmony.
Sit, Jessica. Look how the floor of heaven
Is thick inlaid with patines of bright gold:
There's not the smallest orb which thou behold'st
But in his motion like an angel sings,
Still quiring to the young-eyed cherubins.
Such harmony is in immortal souls;
But whilst this muddy vesture of decay
Doth grossly close it in, we cannot hear it.

—*The Merchant of Venice, Act V, Sc. 1.*

The little foolery that wise men have makes a great show.

—*As You Like It, Act I, Sc. 2.*

Sweet are uses of adversity,
Which like the toad, ugly and venomous,
Wears yet a precious jewel in his head;
And this our life, exempt from public haunt,
Finds tongues in trees, books in the running brooks,
Sermons in stones, and good in everything.

—*Act II, Sc. 1.*

The fool doth think he is wise, but the wise man knows himself to be a fool.

—*Act V, Sc. 1.*

From lowest place when virtuous things proceed,
The place is dignified by the doer's deed.

—*All's Well that Ends Well, Act II, Sc. 3.*

No legacy is so rich as honesty.

—*Act III, Sc. 5.*

The web of our life is of a mingled yarn, good and ill together.

—*Act IV, Sc. 3.*

Some are born great, some achieve greatness, and some have greatness thrust upon 'em.

—*Twelfth Night, Act II, Sc. 5.*

When Fortune means to men most good,
She looks upon them with a threatening eye.

—*King John, Act III, Sc. 4.*

Smooth runs the water where the brook is deep.

—*King Henry VI, Part II, Act III, Sc. 1.*

So wise, so young, they say, do never live long.

—*King Richard III, Act III, Sc. 1.*

Men's evil manners live in brass; their virtues
We write in water.

—*King Henry VIII, Act IV, Sc. 2.*

Modest doubt is call'd
The bosom of the wise, the tent that searches
To the bottom of the worst.

—*Troilus and Cressida, Act II, Sc. 2.*

What 's in a name? That which we call a rose
By any other name would smell as sweet.

—*Romeo and Juliet, Act II, Sc. 2.*

A friend should bear his friend 's infirmities,
But Brutus makes mine greater than they are.

—*Julius Caesar, Act IV, Sc. 3.*

There is a tide in the affairs of men
Which, taken at the flood, leads on to fortune;
Omitted, all the voyage of their life
Is bound in shallows and in miseries.

—*Act IV, Sc. 3.*

His life was gentle, and the elements
So mix 'd in him, that Nature might stand up
And say to the world, "This was a man!"

—*Act V, Sc. 5.*

And oftentimes, to win us to our harm,
The instruments of darkness tell us truths,
Win us with honest trifles, to betray 's
In deepest consequence.

—*Macbeth, Act I, Sc. 3.*

When our actions do not,
Our fears do make us traitors.

—*Act IV, Sc. 2.*

Foul deeds will rise
Though all the earth o 'rwhelm them, to men 's eyes.

—*Hamlet, Act I, Sc. 2.*

Do not, as some ungracious pastors do,
Show me the steep and thorny way to heaven;
While, like a puff 'd and reckless libertine,
Himself the primrose path of dalliance treads,
And recks not his own rede.

—*Act I, Sc. 3.*

There are more things in heaven and earth, Horatio,
Than are dreamt of in your philosophy.

—*Act I, Sc. 5.*

The time is out of joint: O cursed spite,
That ever I was born to set it right.

—*Act I, Sc. 5.*

There is nothing good or bad, but thinking makes it so.

—*Hamlet, Act II, Sc. 2.*

There is something in this more than natural, if philosophy could find it out.

—*Act II, Sc. 2.*

This goodly frame, the earth, seems to me a sterile promontory; this most excellent canopy, the air, look you, this brave o'erhanging firmament, this majestical roof fretted with golden fire, why, it appears no other thing to me than a foul and pestilent congregation of vapours. What a piece of work is a man! how noble in reason! how infinite in faculty! in form and moving how express and admirable! in action how like an angel! in apprehension how like a god!

—*Act II, Sc. 2.*

Like a man to double business bound,
I stand in pause where I shall first begin,
And both neglect.

—*Act III, Sc. 3.*

Conceit in weakest bodies strongest works.

—*Act III, Sc. 4.*

When sorrows come, they come not single spies,
But in battalions.

—*Act IV, Sc. 5.*

A politician . . . one that would circumvent God.

—*Act V, Sc. 1.*

There's a divinity that shapes our ends,
Rough-hew them as we will.

—*Act V, Sc. 2.*

How sharper than a serpent's tooth it is
To have a thankless child!

—*King Lear, Act I, Sc. 4.*

I am a man
More sinn'd against than sinning.

—*Act III, Sc. 2.*

Oh, that way madness lies; let me shun that.

—*Act III, Sc. 4.*

The gods are just, and of our pleasant vices
Make instruments to plague us.

—*Act V, Sc. 3.*

Her voice was ever soft,
Gentle and low,—an excellent thing in woman.

—*King Lear, Act V, Sc. 3.*

Vex not his ghost: O, let him pass! he hates him much
That would upon the rack of this tough world
Stretch him out longer.

—*Ibid.*

Good name in man and woman, dear my lord,
Is the immediate jewel of their souls:
Who steals my purse steals trash; 't is something, nothing;
'T was mine, 't is his, and has been slave to thousands;
But he that filches from me my good name
Robs me of that which not enriches him
And makes me poor indeed.

—*Othello, Act III, Sc. 3.*

O, beware, my lord, of jealousy!
It is the green-eyed monster which doth mock
The meat it feeds on.

—*Ibid.*

O, now, for ever
Farewell the tranquil mind! farewell content!
Farewell the plooméd troop and the big wars
That make ambition virtue! O, farewell!
Farewell the neighing steed and the shrill trump,
The spirit-stirring drum, the ear-piercing fife,
The royal banner, and all quality,
Pride, pomp and circumstance of glorious war!
And, O you mortal engines, whose rude throats
The immortal Jove's dread clamours counterfeit,
Farewell! Othello's occupation is gone!

—*Act III, Sc. 3*

I have done the state some service, and they know't.
No more of that. I pray you, in your letters,
When you shall these unlucky deeds relate,
Speak of me as I am; nothing extenuate,
Nor set down aught in malice. Then, must you speak
Of one that loved not wisely but too well;
Of one not easily jealous, but being wrought
Perplex'd in the extreme; of one whose hand,
Like the base Indian, threw a pearl away
Richer than all his tribe; of one whose subdued eyes,
Albeit unused to the melting mood,
Drop tears as fast as the Arabian trees
Their medicinal gum.

—*Act V, Sc. 2.*

The barge she sat in, like a burnish'd throne,
Burn'd on the water; the poop was beaten gold;
Purple the sails, and so perfumed that
The winds were love-sick with them; the oars were silver,
Which to the tune of flutes kept stroke, and made
The water which they beat to follow faster,
As amorous of their strokes. For her own person,
It beggar'd all description.

—*Antony and Cleopatra, Act II, Sc. 2.*

Men's judgments are
A parcel of their fortunes; and things outward
Do draw the inward quality after them,
To suffer all alike.

—*Act III, Sc. 13.*

Hark, hark! the lark at heaven's gate sings,
And Phœbus 'gins arise,
His steeds to water at those springs
On chaliced flowers that lies;
And winking Mary-buds begin
To ope their golden eyes:
With everything that pretty is,
My lady sweet, arise.

—*Cymbeline, Act II, Sc. 3.*

IV. APPRECIATIONS

"Sweet Swan of Avon! what a sight it were
To see thee in our waters yet appear,
And make those flights upon the banks of Thames,
That so did take Eliza and our James!
But stay, I see thee in the hemisphere
Advanced, and made a constellation there!
Shine forth, thou Star of Poets, and with rage
Or influence chide or cheer the drooping stage,
Which, since thy flight from hence, hath mourned like night
And despairs day but for thy volume's light."

—*Ben Jonson.*

TO THE MEMORY OF WILLIAM SHAKESPEARE

Triumph, my Britain, thou hast one to show,
To whom all scenes of Europe homage owe.
He was not of an age, but for all time!
And all the Muses still were in their prime,
When, like Apollo, he came forth to warm
Our ears, or like a Mercury to charm!
Nature herself was proud of his designs,
And joyed to wear the dressing of his lines,
Which were so richly spun, and woven so fit,
As, since, she will vouchsafe no other wit.

—*Ben Jonson.*

EPITAPH

What needs my Shakespeare for his honor'd bones,
The labor of an age in piled stones,
Or that his hallow'd relics should be hid
Under a starry-pointed pyramid?
Dear son of Memory, great heir of fame,
What need'st thou such weak witness of thy name?
Thou in our wonder and astonishment
Has built thyself a live-long monument:
For whilst, to th' shame of slow-endeavouring art,
Thy easy numbers flow; and that each heart
Hath from the leaves of thy unvalu'd book
Those Delphic lines with deep impression took;
Then thou, our fancy of itself bereaving,
Dost make us marble with too much conceiving;
And so sepulcher'd in such pomp dost lie,
That kings for such a tomb would wish to die.

—*John Milton.*

SHAKESPEARE

Then Shakespeare rose!
  Across the trembling strings
  His daring hand he flings,
And lo! a new creation glows!
* * * * * * *

Mirth, his face with sunbeams lit,
Waking Laughter's merry swell,
Arm in arm with fresh-eyed Wit,
That waves his tingling lash, while folly shakes his bell!

* * * * * * * * * * * * *

Young Love . . . when crimson buds are sleeping,
Through the dewy arbor peeping,
Where Beauty's child, the frowning world forgot,
To Youth's devoted tale is listening,
Rapture on her dark lash glistening,
While fairies leave their cowslip cells and guard the happy spot!

—*Charles Sprague.*

THOUGHTS ON SHAKESPEARE

Shakespeare is as much out of the category of eminent authors as he is out of the crowd. He is inconceivably wise; the others, conceivably. A good reader can, in a sort, nestle into Plato's brain, and think from thence, but not into Shakespeare's. We are still out of doors.

For executive faculty, for creation, Shakespeare is unique. No man can imagine it better. He was the furthest reach of subtlety compatible with an individual self—the subtlest of authors, and only just within the possibility of authorship. With this wisdom of life is the equal endowment of imaginative and lyric power. He clothed the creatures of his legend with form and sentiments, as if they were people that had lived under his roof; and few real men have left such distinct characters as these fictions. And they spoke in language as sweet as it was fit.

Yet his talents never seduced him into an ostentation, nor did he harp on one string. An omnipresent humanity co-ordinates all his faculties. Give a man of talents a story to tell, and his partiality will presently appear. He has certain observations, opinions, topics, which have some accidental prominence, and which he disposes all to exhibit. He crams this part and starves that other part, consulting not the fitness of the thing, but his fitness and strength. But Shakespeare has no peculiarity, no importunate topic; but all is duly given; no veins, no curiosities; no cow painter, no bird fancier, no mannerist is he; he has no discoverable egotism; the great he tells greatly; the small subordinately.

Hs is wise without emphasis or assertion; he is strong, as Nature is strong, who lifts the land into mountain slopes without effort, and by the same rule as she floats a bubble in the air, and likes as well to do the one as the other. This makes that equality of power in farce, tragedy, narrative, and love-songs; a merit so incessant, that each reader is incredulous of the perception of other readers.

This power of expression, or of transferring the inmost truth of things into music and verse, makes him the type of the poet, and has added a new problem to metaphysics. This is that which led him into natural history, as a main production of the globe, and as announcing new eras and ameliorations. Things were mirrored in his poetry without loss or blur; he could paint the fine with precision, the great with compass, the tragic and the comic indifferently and without any distortion of favor. He carried his powerful execution into minute details, to a hair point; he finishes an eye-lash or a dimple as firmly as he draws a mountain; and yet these, like Nature's, will bear the scrutiny of the solar microscope.

—*Emerson.*

THE SPIRIT OF SHAKESPEARE

I.

Thy greatest knew thee, Mother Earth; unsour'd
He knew thy sons. He prob'd from hell to hell
Of human passions, but of love deflower'd
His wisdom was not, for he knew thee well,
Thence came the honey'd corner at his lips,
The conquering smile wherein his spirit sails
Calm as the God who the white sea-wave whips,
Yet full of speech and intershifting tales,
Close mirrors of us: thence had he the laugh
We feel is thine; broad as ten thousand beeves
At pasture! thence thy songs, that winnow chaff
From grain, bid sick Philosophy's last leaves
Whirl, if they have no response—they enforced
To fatten Earth when from her soul divorced.

II.

How smiles he at a generation rank'd
In gloomy noddings over life! They pass.
Not he to feed upon a breast unthank'd,
Or eye a beauteous face in a crack'd glass,
But he can spy that little twist of brain
Which mov'd some weighty leader of the blind,
Unwitting 't was the goad of personal pain,
To view in curs'd eclipse our mother's mind.
And show us of some rigid harridan
The wretched bondmen till the end of time.
O liv'd the Master now to paint us Man,
That little twist of brain would ring a chime
O whence it came and what it caus'd, to start
Thunders of laughter, clearing air and heart.

—*George Meredith.*

JUICIO SOBRE LA PERSONALIDAD DE SHAKESPEARE

Shakespeare era hombre de hermoso rostro y cuerpo bien proporcionado, de precoz inteligencia, de portentosas aptitudes generales y un monstruo de imaginación. Su palabra chispeante tenía la gracia de la facilidad, y el encanto del ingenio que atrae fascinando. Shakespeare no estudió en los textos de las universidades inglesas la literatura convencional de los clásicos; pero sus ingénitas potencias de observación le habilitaron para interpretar el libro de la naturaleza, descifrar los enigmas del corazón, y descubrir en lo más recóndito de las resoluciones humanas los resortes de la voluntad. Su genio esclavizó todos los móviles de la pasión; y en grupos esculturales de belleza incorruptible los presentó a los ojos asombrados de la humanidad, no precisamente para asombro de su siglo, sino para encanto y maravilla de todas las edades.

Debió ser hombre de arranques y resoluciones repentinas; y así cabe explicar que acometiese con resolución las más varias empresas: que niño aún, matase las terneras destinadas al mercado por su padre, y que solemnizase con felices ocurrencias el acto de la inmolación; que, aficionado a las farsas teatrales tal vez ejecutadas en su pueblo, se lanzase con arrogancia a representar y a repetir lo que había visto; que adoptara el oficio de escribiente de notario; que contrajese prematuro matrimonio; que cazara en vedado; que huyese a Londres sin haberse asegurado previamente los medios de subsistir; que se hiciera actor; que acometiese, inexperto, la tarea de refundir comedias; que se alistase para defender su Condado, y hasta que se anticipase a su amigo y colega Burbage, como Guillermo el Conquistador.

Ni cabe dudar que fuese hombre previsor y económico; y que el disgusto que le causaba el

"mendigar del público favores"

contribuyese a sus hábitos de economía, y a su predilección por la vida tranquila y sosegada de su retiro de Stratford. Fué buen hijo; fué buen esposo, por más que las ocasiones y las facilidades que su profesión le brindaría para las aventuras de la vida galante le condujera a olvidos, disculpables tal vez por seductoras circunstancias atenuantes, pero siempre dignos de censura; fué buen padre; excelente amigo de sus amigos; amante de su patria . . .; en una palabra, una inteligencia grandiosa, una imaginación sin par, y un recto corazón.

—*Eduardo Benot.*

SHAKESPEARE

In the first seat, in robe of various dyes,
A noble wildness flashing from his eyes,
Sat Shakespeare.—In one hand a wand he bore,
For mighty wonders famed in days of yore;
The other held a globe, which to his will
Obedient turn'd, and own'd the master's skill:
Things of the noblest kind his genius drew,
And look'd through Nature at a single view;
A loose he gave to his unbounded soul,
And taught new lands to rise, new seas to roll,
Call'd into being scenes unknown before,
And passing Nature's bounds, was something more.

—*Churchill.*

ON SHAKESPEARE'S TRAGIC ART

After that all-enfolding atmosphere of humanity and eternity of which I have spoken, it seems to me that the greatness of Shakespeare's tragic art was achieved through his supreme possession of and exercise of two gifts: the gift of characterization at once of unequaled energy, solidity, and subtlety, and the gift of imaginative, atmospheric expression. Apart from quotable power and beauty, his words have a quality of dramatic embodiment and suggestiveness for which there is no parallel in literature. First, he knew men and the souls of men as no other man has ever known them, and then he was able to present them as agonists of destiny— a destiny not external, as with the Greeks, but implicit in their own character— by virtue of words creative at once of them and of the whole world of conditions in which the mystery of life had placed them. All his other gifts would have availed him nothing without his crowning gift of a supernatural literary expression.

—*Richard Le Gallienne.*

SHAKESPEARE'S COMIC ART

The force of his comic scenes has suffered little diminution from the changes made by a century and a half, in manners or words. As his personages act upon principles arising from genuine passion, very little modified by particular forms, their pleasures or vexations are communicable to all times and to all places; they are natural, and therefore durable, and adventitious peculiarities of personal habits are only superficial dyes, bright and pleasing for a little while, yet soon fading to a dim tint without any remains of former lustre: but the discriminations of true passions are the colors of Nature: they

pervade the whole mass and can only perish with the body that exhibits them. The accidental compositions of heterogeneous modes are dissolved by the chance which combined them, but the uniform simplicity of primitive qualities neither admits increase nor suffers decay. The sand heaped by one flood is scattered by another, but the rock always continues in its place. The stream of time, which is continually washing the dissoluble fabrics of other poets, passes without injury by the adamant of Shakespeare.

—*Samuel Johnson.*

OPINIONS OF FIVE NOTABLE FOREIGN CRITICS ON HAMLET

The Play

A vulgar and barbarous drama, which would not be tolerated by the vilest populace of France or Italy. Hamlet becomes crazy in the second act, and his mistress becomes crazy in the third. The prince slays the father of his mistress under the pretence of killing a rat, and the heroine throws herself into the river. A grave is dug on the stage; and the grave-diggers talk quodlibets worthy of themselves, while holding skulls in their hands. Hamlet responds to their nasty vulgarities in silliness not less disgusting. In the meanwhile another of the actors conquers Poland. Hamlet, his mother, and his father-in-law carouse on the stage; songs are sung at table; there is quarreling, fighting, killing. One would imagine this piece to be the work of a drunken savage. But amidst all these vulgar irregularities, which to this day make the English drama so absurd and so barbarous, there are to be found in Hamlet, by a *bizarrie* still greater, some sublime passages worthy of the greatest genius. It seems as though Nature had mingled in the brain of Shakespeare the greatest conceivable strength and grandeur with whatsoever witless vulgarity can devise that is lowest and most detestable.

—*Voltaire.*

Hamlet's Character

I sought for every indication of what the character of Hamlet was before the death of his father: I took note of all that this interesting youth had been, independently of that sad event, independently of the subsequent terrible consequences, and I imagined what he might have been without them.

Tender and nobly descended, this royal flower grew under the direct influences of majesty; the idea of the right and of princely dignity, the feeling for the good and the graceful, with the consciousness of his high birth, were unfolded in him together. He was a prince, a born prince. Pleasing in figure, polished by nature, courteous from the heart, he was to be the model of youth and the delight of the world . . .

Figure to yourself this youth, this son of princes, conceive him vividly, bring his condition before your eyes, and then observe him when he learns that his father's spirit walks; stand by him in the terrible night when the venerable ghost itself appears before him. A horrid shudder seizes him; he speaks to the mysterious form; he sees it beckon him; he follows it and harkens. The fearful accusation of his uncle rings in his ear; the summons to revenge, and the piercing, reiterated prayer "Remember me" . . .

And, when the Ghost has vanished, who is it we see standing before us? A young hero panting for vengeance? A born prince, feeling himself favored in being summoned to punish the usurper of his crown? No! Amazement and sorrow overwhelm the solitary young man: he becomes bitter against smiling villains, swears never to forget the departed, and concludes with the significant ejaculation,

> "The time is out of joint: O cursed spite,
> That ever I was born to set it right!"

In these words, I imagine, will be found the key to Hamlet's whole procedure. To me it is clear that Shakespeare meant, in the present case, to represent the effects of a great action laid upon a soul unfit for the performance of it. In this view the whole piece seems to me to be composed. Here is an oak tree planted in a costly vase, which should have borne only pleasant flowers in its bosom; the roots expand, the vase is shivered.

A lovely, pure, noble, and most moral nature, without the strength of nerve which forms a hero, sinks beneath the burden which it cannot bear, and must not cast away. All duties are holy for him; the present is too hard. Impossibilities have been required of him; not in themselves impossibilities, but such for him. He winds, and turns, and torments himself; he advances and recoils; is ever put in mind; at last does all but lose his purpose from his thoughts, yet still without recovering his peace of mind.

—*Goethe.*

Hamlet's Character

Hamlet has no firm belief, either in himself or in anything else. From expressions of religious confidence he passes over to sceptical doubts. He believes in the ghost of his father as long as he sees it; but as soon as it has disappeared, it appears to him almost in the light of a deception. He has even got so far as to say, "There is nothing good or bad but thinking makes it so." With him the poet loses himself in labyrinths of thought, in which neither end nor beginning is discoverable. The stars themselves, from the course of events, afford no answer to the question so urgently proposed to them. A voice from another world, commissioned, it would appear, by Heaven, demands vengeance for a monstrous enormity, and the demand remains without effect. The criminals are at last punished, but, as it were, by an accidental blow, and not in the solemn way requisite to convey to the world

a warning example of justice. Irresolute foresight, cunning, treachery, and impetuous rage hurry on to a common destruction; the less guilty and the innocent are equally involved in the general ruin. The destiny of humanity is there exhibited as a gigantic sphinx, which threatens to precipitate into the abyss of scepticism all who are unable to solve her dreadful enigmas.

—*Schlegel.*

Hamlet's Madness

One of the probable causes of Hamlet's feigning madness has never been indicated by the critics. Hamlet, it is said, played the madman to hide his thought, like Brutus. In fact, it is easy to cover a great purpose under apparent imbecility. The supposed idiot carries out his designs at his leisure. But the case of Brutus is not that of Hamlet. Hamlet plays the madman for his safety. Brutus cloaks his project; Hamlet, his person. The manners of these tragic courts being understood, from the moment that Hamlet learns from the Ghost of the crime of Claudius, Hamlet is in danger. The superior historian that is in the poet is here manifest, and we perceive in Shakespeare the profound penetration into the dark shades of ancient royalty. In the middle ages and in the later empire, and even more anciently, woe to him who discovered a murder or a poisoning committed by a king! . . . To know that the king was an assassin, was treason!

—*Victor Hugo.*

Hamlet's Madness

This convulsive outburst (Hamlet's brief soliloquy after his interview with the Ghost), this fevered writing hand, this frenzy of intentness, prelude the approach of a monomania. When his friends come up, he treats them with the speeches of a child or an idiot. He is no longer master of his words; hollow phrases whirl in his brain, and fall from his mouth as in a dream. They call him; he answers by imitating the cry of a sportsman whistling to his falcon: "Hillo, ho, ho, boy! come, bird, come." Whilst he is in the act of swearing them to secrecy, the Ghost below repeats, "Swear" Hamlet cries, with a nervous excitement and a fitful gayety:

Ah ha boy! say't thou so? are thou there, true-penny?—Come on—you hear this fellow in the cellarage—Consent to swear . . .

Ghost. (*Beneath*) Swear.

Hamlet. *Hic et Ubique?* then we'll shift our ground. Come hither, gentlemen, . . . swear by my sword.

Ghost. (*Beneath*) Swear.

Hamlet. Well said, old mole! canst work i' the earth so fast? A worthy pioner!

Understand that, as he says this, his teeth chatter, "pale as his shirt, his knees knocking each other." Intense anguish ends with

a burst of laughter, which is nothing else than a spasm. Thenceforth Hamlet speaks as though he had a chronic nervous attack. His madness is feigned, I admit; but his mind, as a door whose hinges are twisted, swings and bangs to every wind with a mad precipitance and with a discordant noise. He has no need to search for the strange ideas, apparent incoherencies, exaggerations, the deluge of sarcasms, which he accumulates: he finds them within him. He does himself no violence; he simply gives himself up to them . . . It is clear that this state is a disease, and that the man will die.

—*Taine.*

SHAKESPEARE

The soul of man is larger than the sky,
Deeper than ocean, or the abysmal dark
Of the unfathomed centre. Like that ark,
Which in its sacred hold uplifted high,
O'er the drowned hills, the human family,
And stock reserved of every living kind,
So, in the compass of the single mind,
The seeds and pregnant forms in essence lie,
That make all worlds. Great poet, 't was thy art
To know thyself, and in thyself to be
Whate'er love, hate, ambition, destiny,
Or the firm fatal purpose of the heart
Can make of man. Yet thou wert still the same,
Serene of thought, unhurt by thy own flame.

—*Hartley Coleridge.*

ON SHAKESPEARE'S GENIUS

The capital work of Shakespeare is not Hamlet; the capital work of Shakespeare is all Shakespeare. This is, moreover, true of all minds of this order. They are mass, block, majesty, bible; and their unity is what renders them impressive.

Have you never gazed upon a beclouded headland running out beyond eye-shot into the deep sea? Each of its hills contributes to its make-up. No one of its undulations is lost upon it. Its bold outline is sharply marked upon the sky, and juts far out amid the waves; and there is not a useless rock. Thanks to this cape, you can go amidst the boundless waters, walk among the winds, see closely the eagles soar and the monsters swim, let your humanity wander in eternal uproar, penetrate the impenetrable. A genius is a headland into the infinite.

—*Victor Hugo.*

THE DEFECTS OF SHAKESPEARE

His first defect is that to which may be imputed most of the evil in books or in men. He sacrifices virtue to convenience, and is so much more careful to please than to instruct that he seems to write without any moral purpose. From his writings, indeed, a system of social duty may be selected, for he that thinks reasonably must think morally; but his precepts and axioms drop casually from him; he makes no just distribution of good or evil, nor is he always careful to show it in the virtuous disapprobation of the wicked; he carries his persons indifferently through right and wrong, and at the close dismisses them without further care, and leaves their examples to operate by chance. This fault the barbarity of his age cannot extenuate, for it is always a writer's duty to make the world better, and justice is a virtue independent of time or place.

It may be observed that in many of his plays the latter part is evidently neglected. When he found himself near the end of his work, and in view of his reward, he shortened the labor, to snatch the profit. He, therefore, remits his efforts where he should most vigorously exert them, and his catastrophe is improbably produced or imperfectly represented.

In his comic scenes he is seldom very successful when he engages his characters in reciprocations of smartness and contests of sarcasms; their jests are commonly gross, and their pleasantry licentious; neither his gentlemen nor his ladies have much delicacy, nor are sufficiently distinguished from his clowns by any appearance of refined manners. Whether he represented the real conversation of his time is not easy to determine; the reign of Elizabeth is commonly supposed to have been a time of stateliness, formality, and reserve, yet perhaps the relaxations of that severity were not very elegant. There must, however, have been always some modes of gayety preferable to others, and a writer ought to choose the best.

In tragedy his performance seems constantly to be worse, as his labor is more. The effusions of passions which exigence forces out are for the most part striking and energetic; but whenever he solicits his invention, or strains his faculties, the offspring of his throes is tumor, meanness, tediousness, and obscurity.

—*Samuel Johnson.*

TO SHAKESPEARE

Thou, who didst lay all other bosoms bare,
Impenetrable shade didst round thee throw;
And of the ready tears thou makest flow,
Monarch of tears, thou hast not any share.
Sad Petrarch, sadder Byron their despair
Unlocked, their dismal theatres of woe
Unclosed: thou showest Hamlet, Romeo,

And maddened Lear, with tempest on his hair,
Hadst thou no sufferings men's tears could suage?
No comedy of thine own life, shut in?
No lurid tragedy—perhaps of sin—
That walked with muffled steps its curtained stage?
Confession troubles ne'er thy godlike look;
Thou art, thyself, thy one unopened book.

—*Richard Edwin Day.*

SHAKESPEARE AND NATURE

There is something very refreshing and uplifting in Shakespeare's presentation and interpretation of Nature. He opens before us a new and beautiful country—that of the gently undulating hills, primeval forests and fresh meadows of the surpassingly lovely region of Stratford-on-Avon, his natal village,

With shadowy forests and with champains rich'd,
With plenteous rivers and wide-skirted meads.

—*King Lear.*

Though he does not mention it by name, the pastoral and woodland beauty of this district pervades his works and lingers among the leaves of his book like the fragance of flowers . . .

The hunt is up, the morn is bright and gay,
The fields are fragrant, and the woods are green . . .
The birds chant melody on every bush;
The snake lies rolled in the cheerful sun;
The green leaves quiver with the cooling wind,
And make a chequer'd shadow on the ground.

—*Titus Andronicus.*

It was here as a boy that he spent happy days in strolling about in loving converse with Nature, and here he gathered from the changing panorama of earth and sky the pictures he entrusted to his memory, and kindled the imagination that has made him surpass all other writers in the life-like setting of his characters.

Appreciating the influence of nature upon the poet, Milton wrote:

Or sweetest Shakespeare, Fancy's child,
Warble his native wood-notes wild.

With the poet we feel the exhilaration of the hunter, the terror of the storm, the calm peace of sweet music on the moonlit bank; with him we hear the murmur of the brook as it

Makes sweet music with the enamell'd stones,
Giving a gentle kiss to every sedge.

—*The Two Gentlemen of Verona.*

and the wind—

The sweet South
That breathes upon a bank of violets,
Stealing, and giving odour.

—Twelfth Night.

And with him we behold the hilltop touched with sunrise, the wandering moon, the evening star, and the dale

When daisies pied and violets blue
And lady-smoke all silver-white
And cuckoo-buds of yellow hue
Do paint the meadows with delight.

—Love's Labour's Lost.

It is indeed only an ardent lover of Nature and a keen observer and sympathizer who can express as Shakespeare did what the heart of man often feels but can not always give utterance to.

—Elizabeth F. Hall.

THE IMMORTAL "WILLIAM"

What a pity it is that the people who love the sound of Shakespeare so seldom go on the stage! The ear is the sure clue to him: only a musician can understand the play of feeling which is the real rarity in his early plays. In a deaf nation these plays would have died long ago. The moral attitude in them is conventional and secondhand: the borrowed ideas, however finely expressed, have not the overpowering human interest of those original criticisms of life which supply the rhetorical element in his later works. Even the individualization which produces that old-established British specialty, the Shakespearean "delineation of character," owes all its magic to the turn of the line, which lets you into the secret of its utterer's mood and temperament, not by its commonplace meaning, but by some subtle exaltation, or stultification, or slyness, or delicacy, or hesitancy, or what not in the sound of it. In short, it is the score and not the libretto that keeps the work alive and fresh; and this is why only musical critics should be allowed to meddle with Shakespeare—especially early Shakespeare. Unhappily, though the nation still retains its ears, the players and play-goers of his generation are for the most part as deaf as adders. Their appreciation of Shakespeare is sheer hypocrisy, the proof being that where an early play of his is revived, they take the utmost pains to suppress as much of it as possible, and disguise the rest past recognition, relying for success on extraordinary scenic attractions; on very popular performers, including, if possible, a famously beutiful actress in the leading part; and above all, on Shakespeare's reputation and the

consequent submission of the British public to be mercilessly bored by each of his plays once in their lives, for the sake of being able to say they have seen it. And not a soul has the hardihood to yarn in the face of the imposture . . .

But why should we, the heirs of so many greater ages, with the dramatic poems of Goethe and Ibsen in our hands, and the music of a great dynasty of musicians, from Bach to Wagner, in our ears—why should we waste our time on the rank and file of the Elizabethans (dramatists), or encourage foolish modern persons to imitate them, or talk about Shakespeare as if his moral platitudes, his jingo claptraps, his tavern pleasantries, his bombast and drivel, and his incapacity for following up the scraps of philosophy he stole so aptly, were as admirable as the mastery of poetic speech, the feeling for Nature, and the knack of character-drawing, fun, and heart wisdom which he was ready, like a true son of the theatre, to prostitute to any subject, any occasion, and any theatrical employment? The fact is, we are growing out of Shakespeare. Byron declined to put up with his reputation at the beginning of the nineteenth century; and now, at the beginning of the twentieth, he is nothing but a household pet. His characters still live; his word pictures of woodland and wayside still give us a bank-holiday breath of country air; his verse still charms us; his sublimities still stir us; the commonplaces and trumperies of the wisdom which age and experience bring to all of us are still expressed by him better than by anybody else; but we have nothing to hope from him and nothing to learn from him—not even how to write plays, though he does that so much better than most modern dramatists . . .

There are moments when one asks despairingly why our stage should ever have been cursed with this "immortal" pilferer of other men's stories and ideas, with his monstrous rhetorical fustian, his unbearable platitudes, his pretentious reduction of the subtlest problems of life to commonplaces against which a Polytechnic debating club would revolt, his incredible unsuggestiveness, his sententious combination of ready reflection with complete intellectual sterility, and his consequent incapacity for getting out of the depth of even the most ignorant audience, except when he solemnly says something so transcendently platitudinous that his more humble-minded hearers cannot bring themselves to believe that so great a man really meant to talk like their grandmothers. With the single exception of Homer, there is no eminent writer, not even Sir Walter Scott, whom I can despise so entirely as I despise Shakespeare when I measure my mind against his. The intensity of my impatience with him occasionally reaches such a pitch, that it would be positively a relief to me to dig him up and throw stones at him, knowing as I do how incapable he and his worshippers are of understanding any less obvious form of indignity . . .

—*George Bernard Shaw.*

ON SHAKESPEARE'S POPULARITY

Some forty years ago Edward Dowden remarked that Shakespeare's fame was in its great morning. It is a fact that his reputation was never greater than in this tercentenary year, and I suppose there are daily converts. He is as he generally has been a "best seller;" only where trashy novels sell by the thousand, he sells by the million. The popular vote which places him at the head of the noble army of poets has given him such a crushing majority that it might just as well be made unanimous. There was a time 200 years ago when it was comparatively safe to attack him, but now the recoil of that particular gun is so much greater than the discharge that both Tolstoy and Bernard Shaw found themselves in an attitude that made the skillful laugh and the judicious forget to grieve. Tolstoy complained petulantly that when he derided Shakespeare people would not listen to him: "I spoke against him to Turgenev," he said bitterly, "and Turgenev refused to argue: he merely turned away without a reply."

—*William Lyon Phelps.*

LEYENDO EL MONÓLOGO DE HAMLET

Hamlet

¡Ser o no ser! ¡La alternativa es ésta!
Si es a la luz de la razón más digno
sufrir los golpes y punzantes dardos
de suerte horrenda, o terminar la lucha
en guerra contra un piélago de males.
Morir; dormir. No más. Y con un sueño
pensar que concluyeron las congojas,
los mil tormentos de la carne herencia,
debe término ser apetecido.
Morir; dormir, ¿Dormir? ¡Soñar acaso!
¡Ah! la rémora es esa; pues qué sueños
podrán ser los que acaso sobrevengan
en el dormir profundo de la muerte,
ya de mortal envuelta despojados,
suspende la razón; ahí el motivo
que a la desgracia da tan larga vida.
¿Quién las contrariedades, el azote
de la fortuna soportar pudiera,
la sinrazón del déspota, del vano
el ceño, de la ley las dilaciones,
de un amor despreciado las angustias,
del poder los insultos, y el escarnio
que del menguado el mérito tolera,

cuando él mismo su paz conseguiría
con un mero puñón? ¿Quién soportara
cargas, que con gemido y dolores
ha de llevar en vida fatigosa,
si el recelo de un algo tras la muerte,
incógnita región de donde nunca
vuelve el viajero, no turbara el juicio,
haciéndonos sufrir el mal presente,
antes que en busca ir de lo ignorado? *

¿Quién, sin morir, en el obscuro abismo
de lo ignorado penetrar pudiera,
saber la suerte del torrente humano
que el impulso del tiempo, hora por hora,
vuelca en la muda eternidad, y luego
volver al mundo, iluminar las almas
y disipar la tenebrosa duda
en que, siglo tras siglo, se consumen?
Mas Dios no quiere que mortales ojos
profanen, atrevidos, el misterio
donde, como en un templo, están ocultos
el principio y el fin de cuanto alienta.
Y a la manera con que frágil orla
de leve arena el ímpetu contiene
del proceloso mar, así la tumba
dice al soberbio y loco pensamiento:
—¡No pasarás de aquí!—
Si no arraigara
en nuestra mente la tenaz idea
de un más allá sin fondo y sin orillas,
do reparten el premio y el castigo
la Justicia absoluta, el Bien supremo
y la excelsa Verdad; si nuestra vida
fuese como el relámpago, que nace
y muere en las entrañas de la nube,
sin dejar de su paso huella alguna,
y no tuvieran ulterior destino
ni el bien ni el mal, ni el sacrificio santo,
ni la torpe ambición; si el mismo sueño
durmiesen en el lecho de la nada,
indiferente, inalterable y ciega,
el déspota y el siervo, el noble mártir
y el verdugo feroz, el alma pura
y el corazón dañado, no serías
¡oh Sumo Dios, en quien adoro y creo!
ordenación y providencia, y eje
del universo que en tu amor descansa.
Pero es, Señor, tan grande la tragedia
de los hijos del hombre, tan profundo

* La traducción del monólogo es de Macpherson

e incurable su mal, y la aparente
complicidad de los callados cielos
con tal pujanza a la razón se impone,
que a veces ¡ay! hasta la fe más viva
vacila temerosa y desespera,
semejante a la roca que, azotada
por el vaivén continuo de los mares,
retiembla en sus cimientos de granito.
Cuando desde las cumbres de la Historia
el abatido espíritu, rompiendo
la densa lobreguez de lo pasado,
contempla absorto la intrincada ruta
que, manchada de lágrimas y sangre,
la humanidad ha recorrido, siente,
como un vago terror, y en el silencio
de la noche, en las páginas del libro
sobre el cual, melancólico, medita,
piensa escuchar, como el fragor confuso
de un mar, oculto a la mirada, el ronco
grito de espanto, el lúgubre lamento
de cien generaciones ya sepultas.
Desde que el hombre amaneció en la tierra,
hacia la huesa inescrutable y fría
revueltos van esclavos y señores
torciéndose de angustia, atormentados
de misterioso afán y siendo todos,
en la incesante y bárbara pelea,
a la vez vencedores y vencidos.
Allá van los asiáticos imperios
con su abominación; con sus crueles
iniquidades, sus atroces fiestas
y sus infamias la cesárea Roma.
Allá van razas, tribus y naciones
al fraude y a la fuerza sometidas,
y en lo más hondo de su negro seño,
sin pan el pobre, sin clemencia el rico,
sin el alivio de su pena el triste,
y todos sin amor. ¡Así, oh desdicha!
fueron y van, tras la impalpable sombra
de su ilusión, los míseros mortales,
arrastrando en su curso tumultuoso
hacia el voraz sepulcro, sus ensueños
de gloria, sus quiméricas grandezas,
las breves y ostentosas creaciones
de su incierta razón, hasta los vanos
dioses, que en las catástrofes del mundo,
incrusta el miedo en la flaqueza humana;
tal como lleva desbordado río,
entre sus turbias aguas, los despojos
de las comarcas fértiles que asuela.

Así fueron e irán, hasta que el tiempo
toque en su plenitud y el sol se apague,
todos los seres de mujer nacidos,
siempre elevando el pensamiento y siempre
cayendo en un dolor sin esperanza.
¡Revuélcate en tu inmundo estercolero,
Job sin paciencia ni virtud, y llora!
¡Llora, pues nunca te dará la tierra
la soñada ventura que persigues!
¡Viniste sólo a combatir; combate
y sangra sin cesar, hasta que llegue
la muerte redentora y te desnude
de la gran podredumbre de la vida!
Mas ¿y después? ¡Después! . . . La luz excelsa
para el ciego, la paz consoladora
para el vencido, el lauro para el mártir
y el eterno dolor para el verdugo.
¡No, Dios, mil veces no! ¡Tú no has creado
el espacio infinito en donde giran
con firme ritmo innúmeras estrellas,
para entregar a las monstruosas fauces
de un insaciable azar, tanta hermosura!
Ni has ornado de vivos resplandores
el pabellón cerúleo, que cobija
la humilde tierra, ni con franca mano
das a los prados floreciente alfombra,
verdor a las frondosas arboledas,
ondas de plata diáfana a los ríos,
nieve a las cumbres y olas a los mares,
para que tan magnífico escenario
sea tan sólo el campo de batalla
donde en inútil lucha se devoren,
sin paz ni tregua, los humanos seres,
engañados por ti. ¡Caiga mi lengua;
como fruto podrido de la rama,
antes que lance contra ti, Dios mío,
tan vil calumnia y tan horrendo ultraje!

—*Núnez de Arce.*

SHAKESPEARE—CERVANTES

Critics have been unable to explain how from such obscure parentage and with such meager scholastic training could emerge a Shakespeare; likewise critics have failed to show how from the dead level of the literature of Cervantes' day could stand forth that one great work that eclipsed not only the works of all other authors of his time but everything else that Cervantes himself had hitherto

produced. When unable to explain preponderating greatness, the critic takes refuge in the one word—genius. The world has accepted the verdict and acknowledges both these great men as literary geniuses. In what, then, does this genius consist? In style and in thought there is but slight resemblance between the works of these great literary artists; but they are alike in this, that from the pages of both authors stalk forth characters that have universal interest. Both these men have created human beings that still live after the lapse of three hundred years. A student of Shakespeare may forget the plot or movement of a play, but the great characters of a Shakespearean stage cannot be erased from memory's page. Can one forget a Macbeth, a King Lear, a Hamlet? In like manner he who accompanies Cervantes' wandering knight and faithful squire will never forget those two great creations of Cervantes' brain even though the many discourses and scintillating thoughts with which the book is so replete may have passed away. Can one who really knows them forget Don Quijote or Sancho Panza?

As both these men belong to Homer's court of honor, the tercentenary of their death will be properly observed by lovers of literature the world over. But it is peculiarly fitting that the observance of this day be emphasized in Porto Rico; for this Island, while belonging by origin and language to the realm of Cervantes, will draw increasingly from the political, economic, and spiritual ideals of the realm of Shakespeare. No matter what the political status of this Island may become, her economic, social, and political destiny will be closely linked to that great American nation which recognizes the literary supremacy of the Bard of Avon. A wider study of Shakespeare's matchless dramas on the part of native Porto Ricans and a sympathetic study of Cervantes by English-speaking Americans should do much to create a strong bond of sympathy between the great American nation and the Porto Rican people. A deeper appreciation of the best in both linguistic fields will create a lasting basis for that harmony without which there will be no enduring progress.

Consequently, let us acclaim them both. Hail, inimitable Cervantes! Hail, unapproachable Shakespeare!

—*Ward C. McCroskey.*

THE ALL-PERVADING INFLUENCE OF SHAKESPEARE

As "a cat may look at a king," so any person who has ever enjoyed reading one of his plays may write an appreciation of the acknowledged king of English speech, although there are at hand appreciations of him by the ablest writers, from his friend and fellow-dramatist Ben Jonson down to the present day, and volumes of appraisal, almost universally of praise, of him, in many languages.

Although students of his works are not among one's every-day acquaintances, and although it is difficult to see his plays staged even in these days of many theaters, yet, if notice is taken of spoken and written English, his influence is found to be all-pervading. His phrases are in every one's mouth, often without the speaker knowing their source. His exact and complete expression of the sentiments and emotions common to the highest and the lowest, stand everywhere, in headlines, on title-pages, in monuments, and are heard in the streets, in the courts, in legislatures, and on public platforms.

Neither days of study nor full appreciation of his skill as a dramatic poet is necessary before one can enjoy the story-interest of his plays or the acquaintance of his various characters, more real than any in history and more profitable to study.

The schoolboy, if not too heavily handicapped by aids and allowed to exercise freely his right to skip what does not strike his fancy, finds him full of interest, and to every age thereafter he has something to offer.

While to know him thoroughly is an education in itself, his universal appeal is felt as well in the evening hour given him at odd times as in the lifetime of devotion of his editors.

—*Edmund Enright.*

SHAKESPEARE

If one will look at a good cyclopaedia of quotations, such as Bartlett's, he will find Shakespeare and the Bible taking up almost half of the work, and the space given to the English secular author practically equals that given to all the forty or fifty Hebrew sacred writers put together. Shakespeare is far and away the most potent single influence that has contributed to build up the thought and language of Anglo-Saxon, if not of all modern civilization; for Goethe, the greatest German author, truly ranks Shakespeare as the master mind of all ages. Shakespeare's influence is independent of the man, of whom little is known, although much is guessed, and, strange to say, independent of his plays as such. His works are household treasures where theatres are unknown or avoided. No man of education can pass a day without using his language. His is an immortality of influence—or rather of life. Hamlet for thought, Cordelia for devotion, Juliet for love, Caesar for action, Midsummer Night's Dream for beauty, Falstaff for wit, the Sonnets for feeling, Othello for passion, Macbeth for tragedy, Shylock for cunning, his Richards and Henries more real than the kings they represent, his dramas where women suffer and men die—where and when were they equalled? His fools, his spirits, his warriors, his statesmen, his women, his peasants, his villains, his poetry, his prose are all his own, the creation of a man himself obscure. Jealous contemporaries said he knew little Latin and less Greek, and by one he was libelled

as having a tiger's heart in a player's hide; but soon to Milton he was Fancy's child, and to Coleridge and to the world he is the myriad-minded Shakespeare. Only in religious expression was he lacking, so that it has been disputed whether he was Catholic or Protestant; but in underlying feeling he was deeply religious, and Biblical quotations abound in his writings. He lived when the world was awakening to modern life, he was the incarnation of the stirring Elizabethan age; but, as Ben Jonson foresaw, he was not only of that day, but for all time.

—*P. J. Hamilton*

SHAKESPEARE AND "EL LAZARILLO DE TORMES"

To Spanish students of Shakespeare it is of interest to know that he must have been acquainted with Spanish literature either directly or thru translation. In *Much Ado About Nothing,* Act II, Scene 1, he refers to a famous incident in *La Vida de Lazarillo de Tormes.*

Benedick has just informed Claudio that the prince has won the love of Hero, the lady of his thoughts.

CLAUDIO. I wish him joy of her.

BENEDICK. Why, that's spoken like an honest drovier; so they sell bullocks. But did you think the prince would have served you thus?

C. I pray you, leave me.

B. Ho! now you strike like the blind man; 't was the boy that stole your meat, and you will beat the post.

Here is the explanation: Lazarus, a boy about twelve, has just been given to a blind beggar to serve as guide. (From this the word "lazarillo.") The boy follows his master out of the city and, on reaching a bridge, he is asked to go near a stone bullock to listen for a noise inside. As he obeys the man strikes the boy's head hard against the stone, saying: "Fool, learn, for a blind man's boy must go the devil one better." *

Harshly treated by his master, and always starving, Lazarus manages one day to change a piece of sausage the beggar is broiling for a good-for-nothing turnip he has found. After eating the sausage the boy cannot conceal the fact from his cruel master, for in trying to smell deep in his mouth to discover the truth the blind man's long nose causes the meat to come back to its owner. The punishment administered our hero is so terrible that it takes many days to cure him from his wounds.

Lazarus makes up his mind to quit the beggar as soon as an opportunity offers. This comes in the shape of a rainy day. They have to cross a street and, it being winter time, the blind man does

* "Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo."

not wish to wet his feet. Lazarus places him in a supposedly convenient place to jump, but really right in front of a post. As he is told to jump he strikes the post with all his might, and falls to the ground with his head cut. "How could you smell the sausage and not the post?" says the boy running away form the approaching crowd.†

—*Carlota Matienzo.*

THE MAN AND THE ARTIST

In order to obtain a glimmering of the man that was Shakespeare, it is necessary to consult all the records and to read the evidence of his life-work in the plays, alike in the light of the simple facts of his external career and in that of the sudden vision of his passionate and dissatisfied soul preserved in the sonnets. By exclusive attention to any one of these sources of information it is easy to build up a consistent and wholly false conception of a Shakespeare; of a Shakespeare struggling between his senses and his conscience in the artistic Bohemianism of the London taverns; of a sleek, bourgeois Shakespeare to whom his art was no more than a ready way to a position of respected and influential competence in his native town; of a great objective artist whose personal life was passed in detached contemplation of the puppets of his imagination. Any one of these pictures has the advantage of being more vivid, and the disadvantage of being less real, than the somewhat elusive and enigmatic Shakespeare who glances at us for a perplexing moment, now behind this, now behind that, of his diverse masks. It is necessary also to lay aside Shakespeareolatry, the spirit that could wish with Hallam that Shakespeare had never written the Sonnets, or can refuse to accept *Titus Andronicus* on the ground that "the play declares as plainly as play can speak, 'I am not Shakespeare's; my repulsive subject, my blood and horrors, are not, and never were his.'" The literary historian has no greater enemy than the sentimentalist. In Shakespeare we have to do with one who is neither beyond criticism as a man nor impeccable as an artist. He was for all time, no doubt; but also very much of an age, the age of the later Renaissance, with its instinct for impetuous life, and its vigorous rather than discriminating appetite for literature. When Ben Jonson said that Shakespeare lacked "art," and when Milton wrote of his "native wood-notes wild," they judged truly. The Shakespearean drama is magnificent and incoherent; it belongs to the adolescence of literature, to a period before the instrument had been sharpened and polished, and made unerring in its touch upon the sources of laughter and of tears. Obviously, nobody has such power over our laughter and our tears as Shakespeare. But it is the power of a temperament rather than of art; or rather it is the power of a capricious and

† "¿Cómo oliste la longaniza y no el poste?"

unsystematic artist, with a perfect dramatic instinct for the exposition of the ideas, the characters, the situations, which for the moment command his interest, and a perfect disregard for the laws of dramatic psychology which require the patient pruning and subordination of all material that does not make for the main exposition. This want of finish, this imperfect fusing of the literary ore, is essentially characteristic of the Renaissance, as compared with ages in which the creative impulse is weaker and leaves room for a finer concentration of the means upon the end. There is nearly always unity of purpose in a Shakespearean play, but it often requires an intellectual effort to grasp it and does not result in a unity of effect. The issues are obscured by a careless generosity which would extend to art the boundless freedom of life itself. Hence the intrusive and jarring elements which stand in such curious incongruity with the utmost reaches of which the dramatic spirit is capable; the conventional and melodramatic endings, the inconsistencies of action and even of character, the emotional confusions of tragicomedy, the complications of plot and subplot, the marring of the give-and-take of dialogue by superfluities of description and of argument, the jest and bombast lightly thrown in to suit the taste of the groundlings, all the flecks that to an instructed modern criticism are only too apparent upon the Shakespearean sun. It perhaps follows from this that the most fruitful way of approaching Shakespeare is by an analysis of his work rather as a process than as a completed whole. His outstanding positive quality is a vast comprehensiveness, a capacity for growth and assimilation, which leaves no aspect of life unexplored, and allows of no finality in the nature of his judgment upon life. It is the real and sufficient explanation and justification of the pains taken to determine the chronological order of his plays, that the secret of his genius lies in its power of development and that only by the study of its development can he be known. He was nearly thirty when, so far as we can tell, his career as a dramatist began; and already there lay behind him those six or seven unaccounted-for years since his marriage, passed no one knows where, and filled no one knows with what experience, but assuredly in that strenuous Elizabethan life with some experience kindling to his intellect and formative of his character. To the woodcraft and the familiarity with country sights and sounds which he brought with him from Stratford, and which mingle so oddly in his plays with a purely imaginary and euphuistic natural history, and to the book-learning of a provincial grammar-school boy, and perhaps, if Aubrey is right, also of a provincial schoolmaster, he had somehow added, as he continued to add throughout his life, that curious store of acquaintance with the details of the most diverse occupations which has so often perplexed and so often misled his commentators. It was the same faculty of acquisition that gave him his enormous vocabulary, so far exceeding in range and variety that of any other English writer.

—*Chambers.*

SHAKESPEARE

If an Academy of Immortals, chosen from all ages, could be formed, there is no doubt that a plebiscite of the English-speaking peoples would send Shakespeare as their chief representative to that august assembly. He alone could speak on their behalf of life and its joys in the presence of Homer; of death and its mysteries in Dante's presence; he alone could respond to the wisdom of Goethe with a broader and sunnier wisdom; he alone could match the laughter of Molière with a laughter as human and more divine. There is a grace in literature which corresponds to the theological grace of charity; he who loses his life in his vision of the world shall save it; he who does not clamor, or assert himself, or thrust forward his individuality, yet is forever operating over the entire field of nature like light,—illuminating, interpreting, kindling, fructifying,—he it is who while remaining unknown is of all men best known. We are familiar with the thews and bulk of Shakespeare's great contemporary Ben Jonson; we stand in his shadow and are oppressed by his magnitude; we know him as a huge and impressive, if somewhat ungainly, object. Shakespeare disappears from view because he plays around us like the intangible air and sunshine, and has entered into us and become a portion of our own life.

—*Dowden.*

CERVANTES Y SHAKESPEARE

Ceñidas de laurel las nobles frentes,
Cesaron en su vida transitoria
Y emprendieron el vuelo hacia la gloria
Dos genios de dos razas diferentes.

De pobre origen, sus divinas mentes
En gestación intensa y meritoria,
Triunfaron del olvido y de la historia
Con páginas de luz resplandecientes.

El sumo dios del arte y la poesía
Los acogió con célica alegría,
Dándoles a la gloria libre paso.

En él las Musas esparcieron flores,
Y en honor de sus nuevos moradores
Hubo fiesta de gala en el Parnaso.

—Manuel Fernández Juncos.

CONTENTS

Página.

Introduction 3
Introducción 5
Cervantes–Shakespeare. Eugenio Astol 7

PART ONE: CERVANTES

Apuntes Biográficos. Manuel Fernández Juncos 13

I. Su Vida y Sus Obras. James Fitzmaurice–Kelly 17

II. Trozos Escogidos—

Elogio de Cervantes a sí mismo. *El Viaje al Parnaso* 33
Variedad. *La Galatea* 33
Los Celos 34
El Valle de los Cipreses. *La Galatea* 35
Tempestad y Naufragio. *Pérsiles y Sigismunda* 36
La Vida de los Gitanos. *La Gitanilla* 37
Tipos Regionales. *La Tía Fingida* 38
Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero. *El Quijote* 39
La aventura de los molinos de viento. *El Quijote* 42
Apología de Grisóstomo. *El Quijote* 43
Elogio de la antigua caballería andante. *El Quijote* 44
Consejos de Don Quijote a Sancho Panza. *El Quijote* 45
El juicio de los diez escudos. *El Quijote* 46
La edad de oro. *El Quijote* 47
Aforismos, Proverbios, Modismos. *El Quijote* 48
Quotations in common use in English. *El Quijote* 50

III. Apreciaciones—

Romance Primero 55
Quijotismo. Felipe Janer Soler 57
Don Quixote. Austin Dobson 57
El Quijote. Clemente Cortejón 58
Cervantes como dramaturgo. Adolf F. von Schack 58
Cervantes Smiled Spain's Chivalry Away. Byron 58
La universalidad de *El Quijote*. Fitzmaurice–Kelly 58
La inmortalidad de Cervantes. Quintana 59
Cervantes inventor. José Ma. Asensio 59
Don Quijote de la Mancha. Felipe Janer Soler 60
Siempre Actual. Antonio Alvarez–Nava 60
Cervantes. Carlos Aribau 61
¿Se propuso Cervantes en *El Quijote* reírse de su nación. Juan Valera 62
Bellezas de *El Quijote*. Manuel Fernández Juncos 63

PART TWO: SHAKESPEARE

Página.

I. Biography. José Padín 69

II. Works. José Padín 77

III. Quotations—

Mark Antony's Speech on the Death of Caesar. *Julius Caesar* 83
Othello's Speech to the Senate. *Othello* 84
The Winning of Juliet. *Romeo and Juliet* 86
Hamlet's Soliloquy. *Hamlet* 87
England. *Richard II* 88
Polonious's Advice to His Son. *Hamlet* 88
The Mind. *Taming of the Shrew* 89
Perfection. *King John* 89
The Seven Ages of Man. *As You Like It* 89
Wolsey on the Vicissitudes of Life. *Henry VIII* 90
Mercy. *The Merchant of Venice* 91
Briefer Quotations. From the Plays 92

IV. Appreciations—

To the Memory of William Shakespeare. Ben Jonson 99
Epitaph. Milton 99
Shakespeare. Charles Sprague 99
Thoughts on Shakespeare. Emerson 100
The Spirit of Shakespeare. George Meredith 101
Juicio sobre la personalidad de Shakespeare. Eduardo Benot 102
Shakespeare. Churchill 103
On Shakespeare's Tragic Art. Richard Le Gallienne 103
Shakespeare's Comic Art. Samuel Johnson 103
Opinions of Five Notable Foreign Critics on Hamlet 104
The Play. Voltaire 104
Hamlet's Character. Goethe 104
Hamlet's Character. Schlegel 105
Hamlet's Madness. Victor Hugo 106
Hamlet's Madness. Taine 106
Shakespeare. Hartley Coleridge 107
On Shakespeare's Genius. Victor Hugo 107
The Defects of Shakespeare. Samuel Johnson 108
To Shakespeare. Richard Edwin Day 108
Shakespeare and Nature. Elizabeth F. Hall 109
The Immortal "William." George Bernard Shaw 110
On Shakespeare's Popularity. William Lyon Phelps 112
Leyendo el monólogo de Hamlet. Nuñez de Arce 112
Shakespeare–Cervantes. Ward C. McCroskey 115
The All-Pervading Influence of Shakespeare. Edmund Enright 116
Shakespeare. P. J. Hamilton 117
Shakespeare and *El Lazarillo de Tormes*. Carlota Matiezo 118
The Man and the Artist. Chambers 119
Shakespeare. Dowden 121

Cervantes y Shakespeare. Manuel Fernández Juncos 123

ERRATA

Page	*Line*	*Reads*	*Should read*
38	33	anduluces	andaluces
41	47	la traía	le traía
41	47	concellas	doncellas
43	27	dió él Rocinante	dió con él Rocinante
48	14	malicie	malicia
63	15	esperas	esferas
100	36	Hs	He
111	3	yarn	yawn
126	43	Matiezo	Matienzo

PART TWO: SHAKESPEARE

Página.

I. Biography. José Padín 69

II. Works. José Padín 77

III. Quotations—

Mark Antony's Speech on the Death of Caesar. *Julius Caesar* 83
Othello's Speech to the Senate. *Othello* 84
The Winning of Juliet. *Romeo and Juliet* 86
Hamlet's Soliloquy. *Hamlet* 87
England. *Richard II* 88
Polonious's Advice to His Son. *Hamlet* 88
The Mind. *Taming of the Shrew* 89
Perfection. *King John* 89
The Seven Ages of Man. *As You Like It* 89
Wolsey on the Vicissitudes of Life. *Henry VIII* 90

Hamlet's Character. Schlegel 106
Hamlet's Madness. Victor Hugo 106
Hamlet's Madness. Taine 106
Shakespeare. Hartley Coleridge 107
On Shakespeare's Genius. Victor Hugo 107
The Defects of Shakespeare. Samuel Johnson 108
To Shakespeare. Richard Edwin Day 108
Shakespeare and Nature. Elizabeth F. Hall 109
The Immortal "William." George Bernard Shaw 110
On Shakespeare's Popularity. William Lyon Phelps 112
Leyendo el monólogo de Hamlet. Nuñez de Arce 112
Shakespeare–Cervantes. Ward C. McCroskey 115
The All-Pervading Influence of Shakespeare. Edmund Enright 116
Shakespeare. P. J. Hamilton 117
Shakespeare and *El Lazarillo de Tormes*. Carlota Matiezo 118
The Man and the Artist. Chambers 119
Shakespeare. Dowden 121

Cervantes y Shakespeare. Manuel Fernández Juncos 123

14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED

LOAN DEPT.

This book is due on the last date stamped below, or on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

REC'D LD
JAN 5 1961

17Nov'61BD
REC'D LD
NOV 3 1961

OCT 18 1966 35
RECEIVED
OCT 4 '66 -12 M
LOAN DEPT.

MAR 16 1968 85

RECEIVED
MAR 15'68 -3PM

AUTO DISC OCT 10 1999
SENT ON ILL
JUN 01 2005
U.C. BERKELEY

LD 21A-50m-4,'60
(A9562s10)476B

General Library
University of California
Berkeley

U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003293348
YC141827